



Brigitte
EN ACCION

Lou
Carrigan

Los almendros florecerán en China

La misión de Brigitte esta vez parece sencillísima: un simple paseo hasta Macao, para llevar un microfilme. Pero… ¿Cuándo ha sido sencillísima alguna de las misiones de la agente Baby? El microfilme contiene unos planes rusos para volar instalaciones atómicas de China. Pero la CIA no va a avisar a los chinos, sino que pretende impedir los planes rusos sin que se enteren. Aunque las órdenes de Brigitte son solamente llevar el microfilm, como siempre, las cosas se complican.



Lou Carrigan

Los almendros florecerán en China

Brigitte en acción - 164

Archivo Secreto - 257

ePub r1.1

Titivillus 26-05-2019

Lou Carrigan, 1973
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Un simple paseo hasta Macao

Míster Cavanagh, primer jefe absoluto del Grupo de Acción de la CIA, se puso en pie cuando Brigitte Montfort, alias Baby, apareció en su despacho. Tendió la mano a la mejor espía del mundo, sonriendo, y, luego señaló uno de los sillones ante su mesa.

—¿No la han recibido con flores esta vez? —se interesó amablemente.

—Esta vez, no —sonrió dulcemente la divina espía—. Las cosas buenas hay que dosificarlas. De lo contrario, dejarían de ser buenas para convertirse en corrientes y aburridas.

—Es una buena filosofía —aceptó Cavanagh—. ¿Bien el viaje en helicóptero?

—Perfecto y simpático, como siempre —Brigitte cruzó las piernas, encendió un cigarrillo y miró expectante a su jefe directísimo, que, estaba por encima de Tío Charlie—. ¿De qué se trata esta vez?

—Si está cansada y prefiere que otro agente haga el trabajo…

—¿Cansada? ¿De qué?

—Bueno… Ese asunto de Marsella de los espías prefabricados…

—Ese asunto está resuelto… y prácticamente olvidado. No fue demasiado difícil. Y tuve una de las mayores satisfacciones de mi vida resolviéndolo, porque, por primera vez, no tuve que matar personalmente a nadie.

—Quizá la agente Baby se está… ablandando —sugirió míster Cavanagh.

—Quizá —rió ella—. Al grano, señor. No hay por qué darle tantas vueltas al encargo de una misión, ¿verdad?

—Desde luego que no. Además, en esta ocasión, su participación va a ser sencillísima: se trata de un simple paseo hasta Macao.

—¿Macao? Vaya… Pues no se puede decir que esté a la vuelta de la esquina, me parece a mí. Es un viaje largo.

—Sí… La línea de vuelo será San Francisco-Honolulu-Hong Kong. Luego, en «hidrofoil» hasta Macao. Muy tedioso, lo admito, pero en absoluto peligroso.

Brigitte se quedó mirando muy atentamente a Cavanagh, mientras expelía el humo por su deliciosa naricilla.

—¿Por qué insiste tanto en que no hay peligro? Yo no me asusto fácilmente, y usted lo sabe.

—Bien… quizá lo hago porque, en el fondo, hasta a mí mismo me parece ridículo utilizarla a usted para este trabajo… Pero, queremos las máximas garantías de que cierto microfilme va a llegar a su destino.

—¡Oh, no! —protestó Brigitte, aburrida—. ¿Tengo que llevar un microfilme?

—Así es. Ya sé —sonrió— que está hasta la coronilla de microfilmes, pero, realmente, éste es muy importante. Importantísimo. Tiene que llegar sin el menor contratiempo a Macao. Y cuando la CIA quiere que una cosa se haga sin contratiempos, ya sabemos a quién recurrir.

—Muy amable. ¿Puedo conocer el contenido del microfilme, o no me interesa?

—Pues —Cavanagh vaciló—. Bueno, en realidad, sería estúpido enviarla a un sitio sin que supiese exactamente qué es lo que va a hacer y qué lleva. Ese microfilme contiene información completa de un plan ruso para volar las instalaciones atómicas chinas de Lop Nor, en la provincia de Sin Kiang.

A Baby casi se le había escapado el cigarrillo de entre los deditos, y su boquita quedó abierta, en gesto de absoluta estupefacción.

—¿Cómo dice? —pudo musitar al fin.

Cavanagh asintió con la, cabeza, dando a entender que comprendía muy bien el pasmo casi aterrado de su espía favorita.

—La verdad es que no comprendo muy bien qué pretenden los rusos con semejante locura —musitó—. Pero el hecho cierto es que uno de nuestros agentes en Moscú ha conseguido esa información, y nos la ha enviado. Como comprenderá, la alarma ha cundido en nuestro Gobierno…, entre los pocos componentes de nuestro Gobierno que hemos puesto al corriente del asunto, claro, pues no es cosa de andar aireando planes semejantes.

—Pe… pero…, ¿están locos los rusos? ¡Volar las instalaciones atómicas chinas…! ¡Vamos…! ¡Tiene que haber un error!

—No. Hay cincuenta hombres preparados por Rusia para cruzar la frontera china por el Norte, hasta Doral, localidad cercana a las instalaciones de Lop Nor… Mejor dicho: probablemente, esos cincuenta hombres están ya en Lop Nor, preparando el sabotaje. No sabemos cuánto pueden tardar en tenerlo todo listo, pero desde luego estamos dispuestos a impedir que lleven a cabo semejante proyecto.

—¿Tengo que entregar el microfilme a alguien del servicio secreto chino en Macao?

—No, no, no… ¡De ninguna manera! Lo último que nosotros quisiéramos es que China se enterase de semejante plan. No queremos conflictos en estos momentos. De ninguna clase. Como bien sabe, el presidente Nixon se entrevistará con Mao Tse-tung la próxima primavera, y, hasta entonces, no queremos que haya en ninguna parte motivos de inquietud ni discordia. De manera que, en lugar de entregar a los chinos esa información, seremos nosotros mismos quienes impediremos los planes de los rusos, y… aquí no ha pasado nada. Naturalmente, los rusos callarán, nosotros también callaremos, y en la primavera, todo discurrirá por cauces de cordialidad.

—Eso será si Mao continúa con vida. Se dice que ha muerto, o que está muy enfermo.

—Tonterías —sonrió Cavanagh—. Es Lin Piao el que está enfermo, prácticamente moribundo; pero nuestros agentes en China no dicen nada respecto a la muerte o grave enfermedad de Mao. Por otra parte, aunque así fuese, Estados Unidos prefiere una gran tranquilidad…, al menos, hasta que se hayan llevado a cabo esas conversaciones o se haya adoptado una postura definitiva respecto a las relaciones con la China de Mao. Por tanto, sin escándalo ni propaganda, vamos a impedir que esos cincuenta rusos puedan tan siquiera intentar la voladura de esas instalaciones atómicas chinas.

—Está bien. ¿Y cómo vamos a impedirlo? Por mi parte, estoy dispuesta a lo que sea, con tal de…

—No, no… Usted va a llevar el microfilme a Macao, eso será todo. En el microfilme —Cavanagh abrió un cajón, sacó una capsulita diminuta de plástico, y la tendió a Brigitte, que la tomó

con dos deditos— está explicado todo el plan de los rusos, y las instrucciones a nuestros colaboradores para que procedan a desbaratar esos planes de raíz. Una vez esté este microfilme en manos adecuadas, usted regresa a casa.

—¿Por qué motivo? No quiero parecerle jactanciosa, pero opino que mi intervención directa podría resultar conveniente, señor.

—Si las cosas fuesen a suceder en otro país menos… grande, es muy posible que yo mismo hubiera solicitado que usted tuviera el mando de esa operación. Pero el Lop Nor está prácticamente en el centro de Asia, y… No. No queremos que usted llegue hasta allá. Por otra parte, contamos en China con personal capacitado para llevar a cabo este trabajo de disuasión contra esos cincuenta hombres preparados por Rusia. De todos modos, insisto, si el trabajo no le gusta, o considera que no es digno de usted…

—Un trabajo como éste siempre será digno de mí —musitó la espía internacional—: siempre estaré dispuesta a hacer lo que sea con tal de evitar fricciones que puedan conducir a guerras o situaciones parecidas.

—Sé eso muy bien. Por eso, aun sabiendo que el trabajo no tiene la envergadura digna de usted, la he elegido. Por eso, y porque de ninguna manera quisiera que ese microfilme fuese a parar a unas manos diferentes a las que ha sido destinado. Y menos, a manos de los chinos de Mao.

—De acuerdo. ¿A quién debo entregarlo en Macao?

—Bueno, nuestro… especialista chino en estos asuntos, utiliza tantos seudónimos que es imposible facilitarle nombre alguno para que usted pueda reconocerlo o admitir que es él, a fin de entregarle el microfilme. Tampoco tengo fotografías para mostrarle de nuestro colaborador chino. Pero, en verdad, esta vez hemos simplificado su trabajo al máximo, Brigitte. Una vez en Macao, usted se hace llevar al Hotel Felicidade, y se dedica a pasear por la ciudad como una turista cualquiera. Por supuesto, creo aconsejable que recurra usted a uno de sus disfraces y a documentación falsa para ir a Hong Kong, y durante su estancia en ésta. Nada de riesgos, ¿entendido?

—Entendido. Pero bien, tendré que buscar a nuestro colaborador chino para entregarle el microfilme, ¿no?

—No. Él la buscará a usted. Posiblemente, la estará esperando a su llegada en el «hidrofoil» al muelle de Macao, ya que, desde Hong

Kong, por radio, le avisarán de su llegada. Mmm… Como digo, él la estará esperando, y, cuando lo considere oportuno, se acercará a usted, le pedirá el microfilme, y, a partir de ese momento, él se encargará de toda la acción de disuasión contra los rusos en Lop Nor. Usted vuelva a casa.

—De acuerdo, de acuerdo… Entonces, yo debo llevar algo… distintivo para que él sepa a quién debe pedirle el microfilme. ¿Le parece bien… un pañuelo azul en la cabeza por ejemplo?

—Eso mismo servirá. Pasaremos ese detalle inmediatamente a Hong Kong… O mejor, usted lo indica al Simón que la recibirá allí y que, cuando usted parta en el «hidrofoil» avisará por radio su inminente llegada a Macao.

—Bien… Ya saben… o sabrán cómo reconocerme a mí, pero… ¿cómo sabré yo que el hombre que me pida el microfilme es el adecuado?

—Sí —sonrió Cavanagh—, eso ya está arreglado. Bajo ningún concepto y en ninguna circunstancia deberá usted entregar el microfilme o confiar en nadie que, al abordarle, no le diga «los almendros florecerán en China».

—¡Qué poético! —rió Brigitte.

—Un poco. Pero no es cosa de broma. Usted sabe que siempre hay que temer las filtraciones, los fallos. Pueden ocurrir miles de cosas en espionaje, Brigitte. Por tanto, se lo ruego, no olvide esto: solamente deberá usted confiar en el hombre que le diga: «Los almendros florecerán en China». «Solamente en él». Pero una vez él se haya identificado, «confíe ciegamente en ese hombre». ¿Está claro?

—Clarísimo. ¿Algo más?

—No. Le entregaré ahora su pasaje, y usted llame por su radio, onda Hong Kong, al llegar allá. Un Simón acudirá, la pondrá en rumbo a Macao, y avisará allá de que usted va a llegar. Entregue el microfilme, y vuelva. Nada más. Su avión sale mañana por la mañana de Nueva York, de modo que tiene tiempo sobrado de ir a su apartamento y preparar su equipaje.

—Bien. ¿Sabe tío Charlie algo de esto?

—Yo personalmente pondré a Pitzer al corriente de su ausencia por pocos días, no se preocupe por eso, su jefe de Sector estará debidamente informado, como es natural.

Brigitte asintió con la cabeza. Apagó el cigarrillo en el cenicero, estuvo unos segundos contemplando la pequeña capsulita de plástico, y, por fin, se puso en pie.

—Hasta la vuelta, señor —tendió la manita.

—Aproveche para divertirse —musitó Cavanagh—. Y si en Hong Kong o en Macao hay alguna cosilla que le guste, la CIA tendrá mucho gusto en obsequiársela.

La espía más audaz, peligrosa y astuta del mundo parpadeó.

—Muy amables —susurró—. Muy amables, señor. Adiós.

—Feliz viaje.

Brigitte Montfort, alias Baby, abandonó el despacho de míster Cavanagh, el cual, tras permanecer unos segundos en pie, como petrificado, alucinada su expresión, se dejó caer en el asiento, y apretó uno de los botones de su «intercom». A los pocos segundos, la puerta del fondo de su despacho se abrió, y apareció Charles Alan Pitzer, jefe del Sector de Nueva York de la CIA. Es decir, tío Charlie, el hombre que más veces había enviado a la agente Baby a misiones con peligro de muerte.

Pitzer se dejó caer en el mismo sillón que había estado ocupando Brigitte Montfort. Estaba pálido como un muerto, y, al mismo tiempo, su frente se veía perlada de finas gotas de sudor. Parecía poco menos que al borde del colapso.

Cavanagh lo miró atentamente.

—¿Lo ha visto y oído todo bien, Pitzer?

—Sí… Sí, señor.

—Bien… Usted es quien mejor conoce a Baby dentro de la CIA, pues convive con ella más que nadie, y casi puede decirse que fue usted quien la formó como espía.

—No, no, no… Eso no es exacto, señor. Yo la «introduje» en la CIA, y ciertamente, le di las primeras lecciones de espionaje, pero… de eso a haber formado una agente como ella… hay mucha diferencia: los espías como Brigitte no se forman. Nacen. Yo sólo aproveché sus asombrosas facultades para…

—Está bien, está bien… Y puesto que nos ha visto y oído, ¿qué le parece? ¿Sospecha ella algo?

—Sí.

Ahora fue Cavanagh quien palideció.

—¿Está seguro?

—Segurísimo. Bueno, más que sospechar, está desconcertada… Lo cual es el primer paso para la sospecha. Pero, desde luego, no se le ha ocurrido, por el momento, sospechar de usted… Lo cual, si me permite decirlo, es lo que precisamente convierte esto en la mayor cochinada que jamás se le haya hecho a persona alguna.

—Quiero a esa muchacha tanto como usted, Pitzer —dijo roncamente Cavanagh—. No sólo por sus cualidades, sino porque, hace años, como usted sabe, me salvó la vida, en Buenos Aires. También a usted le ha salvado la vida en dos o tres ocasiones… Los dos la amamos tanto, que si hubiese sido posible, nosotros habríamos ido en lugar de ella. ¿No es cierto?

—Sí. Y todavía pienso que yo mismo, aún a mis años…

—No. Tiene que ser Baby quien lleve ese microfilme. Si no fuese así, los chinos no creerían en una sola palabra de nada.

—Ya lo sé —Pitzer se pasó el pañuelo por la frente—. Lo sé muy bien. Pero que me ahorquen ahora mismo si ésta no es la mayor asquerosidad que he cometido en mi vida de espía. ¡Y lo peor es que ella está convencida de que va a dar un simple paseo por Macao…!

Capítulo primero

Si alguna vez un chino ha podido merecer el calificativo de «espantoso», ese chino no ha podido ser otro que Lin Chu. Medía casi un metro noventa, pesaba alrededor de los ciento cuarenta kilos y tenía los ojos más pequeños, escalofriantes, y crueles del mundo. Por si esto fuera poco, llevaba la cabeza completamente afeitada, y, en el lado derecho de su rostro, un amasijo de cicatrices de color escarlata iba desde la oreja hasta la barbilla. Con todo este conjunto de detalles, no había más remedio que estremecerse al ver por primera vez a Lin Chu. Las veces siguientes, lo normal era un sobrecogimiento paralizante, que sólo muy lentamente y a fuerza de irlo viendo, podía ceder poco a poco, día a día.

Lo cual le había sucedido ya a Ting Pao, pues llevaba casi un año al servicio del jefe del espionaje chino-comunista en Macao. Ting Pao ya no se sobrecogía, ni nada parecido. Contemplaba a su jefe Lin Chu con toda naturalidad, incluso cuando éste, vestido únicamente con unos calzoncillos, se dedicaba a comer arroz en su patio, cruzadas las piernas, inclinado el enorme torso, como ajeno a todo cuanto le rodease. Ajeno incluso a su bello patio, adornado con muchas flores, cañas de bambú, un estanque con peces… Lin Chu comía con la misma indiferencia con que parecía realizar todos los demás actos de su vida desde degollar a un hombre hasta contemplar el vuelo de una golondrina. Movía los palillos, tomaba una porción de arroz, la introducía en su boca, y repetía el gesto… Ting Pao jamás había visto comer a Lin Chu otra cosa que arroz, y quizá por eso se preguntaba, cómo un hombre tan frugal podía ser tan alto, tan gordo, tan fabulosamente fuerte y hercúleo…

En cuanto a Ting Pao, era la antítesis de Lin Chu. Ting Pao tenía una estatura mucho más corriente en la raza china, era delgado, elegante y hasta atractivo, con su negro cabello siempre bien recortado, sus ojos grandes e inteligentes, sus facciones correctas y

sin marca alguna… Tenía cinco años menos que Lin Chu, esto es, treinta y cinco, pero parecía mucho más joven. Y, desde luego, muchísimo más fácil de tratar, de confraternizar con él. Ting Pao, en fin, era más bien simpático y amable además de atractivo, con lo que su diferencia con Lin Chu ya no podía ser mayor.

Sólo en una cosa podían haberse basado en Pekín para dar a Lin Chu la jefatura de el espionaje en Macao: la inteligencia. Una inteligencia atroz, desesperante, casi humillante en ocasiones para los que obedecían a Lin Chu. Una inteligencia tan fría, tan nítida, tan lúcida que pretender mentir a Lin Chu era una locura… Hablar con él era tener la impresión de que, de los pequeños ojos brotaban dos taladros que hurgaban en los ojos de su interlocutor, hasta llegar al mismísimo cerebro, separando allí todos los pensamientos verdaderos de los falsos, la verdad de la mentira.

Y, sin embargo, en general, Lin Chu sólo parecía eso: un chino grande, hercúleo en su gordura, horrible con sus ojos tan pequeños, su cabeza rapada, sus cicatrices en la cara. Sólo eso, con la añadidura de una pasividad, de una apacibilidad, de una serenidad increíbles.

Para alterar a Lin Chu, por lo visto, hacía falta algo más importante que la noticia que acababa de llevarle al patio el hombre a sus órdenes encargado de la radio secreta que unía Macao con varios puntos de China, Formosa, Japón, Vietnam y, muy especialmente, por medio de tres enlaces, con Pekín.

Sí, para alterar a Lin Chu hacía falta una noticia mucho más interesante que ésta:

—Baby va a venir a Macao, Lin Chu.

Ting Pao, que había estado contemplando a su jefe mientras éste comía arroz, había pegado un salto, muy abiertos los ojos, relucientes de pronto, y había comenzado a hacer excitadas preguntas a Tsui, pero Lin Chu le había interrumpido sin dejar de masticar su arroz:

—¿Cuándo? —preguntó.

—Llegará esta tarde hacia las cuatro.

—¡Si esa mujer americana viene a Macao la vamos a…! —empezó Ting Pao.

—¿Cómo lo sabes? —volvió a interrumpir apaciblemente Chu.

—He captado la noticia con la radio, Lin Chu. Ella va a venir,

seguro. Llegará en el «hidrofoil» de Hong Kong, y para hacerse reconocer, llevará un pañuelo azul en la cabeza.

—¿A qué viene a Macao?

—A entregar algo a alguien.

—¿Qué cosa a quién?

—Eso no lo sé, Lin Chu.

—¿Cómo has captado exactamente esa… noticia?

—Ya sabes que hace días que interferimos un par de las radioemisiones que comunican a los agentes americanos con sus colaboradores chinos… Este es uno de los mensajes que hemos interferido hoy…, y me ha parecido que debía comunicártelo inmediatamente.

Lin Chu asintió con la cabeza.

—¿Hablaban en chino o en inglés?

—En inglés.

—¿Qué contestó la persona a la que iba destinado el aviso de la llegada de Baby?

—No hubo respuesta. Solamente dieron la noticia y cortaron inmediatamente.

Lin Chu continuó, comiendo arroz… Durante dos minutos, sólo se dedicó a eso, hasta terminar, hasta dejar vacío el cuenco. Lo dejó a un lado, con los palillos dentro, y le hizo a Ting Pao una seña que éste interpretó en el acto, ofreciéndole un cigarrillo y encendiéndoselo.

Ya expeliendo humo Lin Chu preguntó:

—¿Qué has oído «exactamente»?

—¿Las palabras textuales?

—Sí.

Tsui alzó el papel que tenía en una mano, y leyó:

—«Baby llegará a Macao hacia las cuatro en el “hidrofoil” de Hong Kong, para entregar lo advertido y convenido. Como identificación, llevará un pañuelo azul en la cabeza…». Eso es todo, Lin Chu.

—Déjame ir a mí por ella, Lin —pidió Ting Pao—. ¡Déjame que vaya a recibirla…!

—¿Por qué tú? —Lo miró impasible Lin. Chu.

—Tú casi nunca sales de aquí. Yo podría…

—Nunca, que yo sepa, había llegado la agente Baby a Macao. Y

me pregunto a qué viene ahora, cuando, precisamente, hace pocos días que hemos conseguido interferir un par de radios de los americanos.

—¿Qué quieres decir? —se sorprendió Ting Pao.

—No lo sé. De todos modos ella viene a ver a alguien para entregarle algo, ¿no es así?

—Sí… Sí, claro, eso dice el mensaje que…

—Pienso que sería quizá interesante conocer a esa persona que tiene que recibir algo de manos de Baby. Naturalmente, esa persona será un agente de la CIA, y es posible que sea tan importante que nosotros todavía no le conozcamos. Sí… Tiene que ser un colaborador muy importante cuando le envían como contacto nada menos que a Baby, ¿no crees?

—Claro. Sin duda, Lin.

—Entonces, nada de precipitarse. ¿Qué hora es?

—Casi la una y media…

Lin Chu sonrió de pronto, de un modo escalofriante.

—Tengo tiempo de dormir una siesta. Despertadme a las tres y media.

Tsui y Pao se miraron, resignados. Sabían que no había nada más que hablar.

Capítulo II

A las cuatro y cinco de la tarde, el veloz «hidrofoil» que en poco más de una hora cumplía el servicio Hong. Kong-Macao, llegaba al muelle de ésta y, en seguida, los pasajeros comenzaron a descender.

Dentro de un viejo coche negro, había tres chinos: Wang, al volante; y Lin Chu y Ting Pao en el asiento de atrás. El coche estaba estacionado en un lugar discreto, lo bastante alejado del muelle de desembarco para que ningún pasajero que llegase de Hong Kong reparase en él.

En cambio, Ting Pao, con los prismáticos, podía ver perfectamente a todas las personas que desembarcaban. Y de pronto, sus manos apretaron más fuertemente los prismáticos, y su boca se plegó en un gesto duro, hostil…

—Ahí está —susurró—. ¡Era cierto!

Lin Chu tendió una de sus enormes manazas y quitó suavemente los prismáticos a su segundo en la red de espionaje chino en Macao. Segundos después localizaba a la mujer que llevaba un pañuelo azul en la cabeza. Un delicioso pañuelito azul, transparente hasta el punto de que permitía ver los rubios cabellos de la elegante y hermosa muchacha de grandes ojos y cuerpo escultural. Llevaba un maletín rojo y azul en la mano izquierda, y una sola maleta en la derecha.

—Es muy joven —susurró Lin Chu—. Muy joven. Y muy hermosa. Viéndola, nadie diría lo que es capaz de hacer. Aunque cabe preguntarse si es cierto que ella ha hecho todo lo que dicen… También me pregunto si ella es realmente la agente Baby.

—Lleva un pañuelo azul en la cab…

—También yo puedo ponerme un pañuelo azul en la cabeza. ¿Te bastaría eso para asegurar que yo era Baby?

Wang rió quedamente, y Ting Pao se mordió los labios, quedando silencioso. Lin Chu apartó los prismáticos para mirarlo un

momento, sonrió, y volvió a mirar hacia el desembarcadero. Pero no ya hacia la rubia del pañuelo azul en la cabeza, sino alrededor de ella.

Fruto merecido. En el embarcadero, vio a dos hombres de raza blanca que parecían estar prestando atención a todo menos a la llegada del «hidrofoil» y menos aún a la rubia y hermosa pasajera del pañuelo azul en la cabeza. Una sonrisa estiró los gruesos labios de Lin Chu. Y los gruesos labios aún se estiraron más cuando, al mirar hacia el «hidrofoil», vio a otros dos hombres blancos, que se disponían a desembarcar algunos turnos después de Baby. Ninguno de los dos llevaba equipaje.

—Son cuatro, en total, según parece —susurró Lin Chu.

—¿Qué? —mascullό Pao.

—Hay dos hombres en el desembarcadero, esperándola. Y otros dos han venido con ella desde Hong Kong. No se puede decir que sea una mujer poco precavida.

—¿Lleva cuatro… guardaespaldas?

—Eso parece. Echa un vistazo a ver si conoces a alguno de ellos.

Ting Pao recuperó los prismáticos, y sin indicación alguna por parte de Lin Chu, no tardó en centrar su atención en los cuatro hombres blancos. En efecto, dos en el embarcadero, y dos que habían llegado de Hong Kong, y que iban detrás de Baby…

—Podemos quitarlos de en medio con toda facilidad —dijo Pao.

—Lo sé. Pero no es eso lo que nos interesa. Quitar de en medio a unos cuantos agentes americanos no sirve de nada, si con ello no conseguimos saber qué trae Baby y a quién se lo ha de entregar.

—Ella está tomando un taxi.

—Síguela, Wang. De lejos. Pero no tan lejos que no podamos ver si alguien se acerca a ese taxi… ¿Qué hacen los cuatro blancos, Ting?

El coche se puso en marcha, mientras Ting Pao musitaba:

—Los dos que han llegado, van también hacia un taxi… Los otros dos se alejan ahora del embarcadero…

—Síguelos a pie. Quiero saber adónde van, y así podremos averiguar quiénes son. De prisa.

Ting Pao entregó los prismáticos, y se apeó rápidamente, en cuanto Wang dio un breve frenazo. Lin Chu tomó los prismáticos, y los enfocó hacía los dos hombres que habían llegado en el mismo

barco que Baby… Los dos estaban ya en un taxi, que partía en la misma dirección que el que ocupaba la espía americana. Miró hacia los dos que iban a pie, pero ya no pudo verlos, ni tampoco a Ting Pao.

Minutos después, el taxi ocupado por Baby se detenía ante el Hotel Felicidade, en la Rúe da Felicidade. Detrás mismo, se detenía el taxi en el que viajaban los dos hombres que habían llegado también en el hidrofoil.

—Sigue —dijo Lin Chu—. No te pares, Wang.

Éste asintió con la cabeza, y pasó de largo. Cuando el coche rodaba delante del hotel, Lin Chu dirigió una mirada a la mujer del pañuelo azul en la cabeza, que estaba de pie bajo los grandes arcos, pagando al taxista, sonriendo… Y Lin Chu tuvo una levísima y brevísima crispación en la boca al distinguir, ahora perfectamente la extraordinaria belleza de aquella mujer. Dejar de verla y sentir que la resplandeciente tarde de sol se ensombrecía fue todo uno en el ánimo de Lin Chu…

Tiít-tiít-tiít-tiít…

Lin Chu sacó rápidamente su radio de bolsillo, y admitió la llamada.

—¿Sí?

—Soy Ting, Lin. Los dos hombres que había en el embarcadero están ahora en una lancha.

—¿Hay alguien con ellos?

—Parece ser que no.

—Está bien. Pide una lancha, Ting. Que la lleven cerca de la de esos dos hombres, y la dejen allí… Pero no una lancha corriente, ¿entiendes?

—Desde luego. ¿Qué hago yo?

—Asegúrate que en nuestra lancha quedan dos o tres hombres. Pide también que otro venga con un coche, y que se quede cerca de ti, por si necesitases el coche para seguir a esos dos americanos si ellos se alejan de la lancha a pie y luego toman un coche… Si se van con la lancha, seguidlos a distancia. ¿Está claro?

—Sí. ¿Cómo están las cosas por tu lado?

—Baby se aloja en el Hotel Felicidade. Y los dos americanos también. Por supuesto, simulan no conocerse, pero está claro que ellos no piensan desampararla ni un segundo. Es muy posible que

ella entregue pronto lo que sea a la persona que queremos conocer, y que luego, escoltada por esos dos americanos, vaya a la lancha donde están los otros dos, para marcharse los cinco de Macao. Por tanto, no pierdas de vista esa lancha pase lo que pase. Y que la nuestra venga inmediatamente.

—De acuerdo. ¿Crees que el contacto de Baby puede estar esperándola en el hotel?

—No.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque esa persona todavía no está en Macao. Ella tiene que esperarlo. Si no fuese así, no haría falta que ella se alojase en ningún hotel: bastaría que su contacto la hubiese esperado en el embarcadero, y que ella hubiese dejado en cualquier sitio lo que sea que tiene que entregarle. Calculo que la persona que ha de recoger lo que trae Baby llegará de Cantón, por ejemplo. Y no lo hará antes de la noche, si es prudente.

—Bien… Sí, es razonable. Pero…

—Haz lo que te he dicho, Ting. —Lin Chu cerró la radio, la guardó, y dijo—: da la vuelta, Wang. Quiero pasar otra vez por delante del hotel. Luego, me dejas con el coche donde puedas, y vas a ver si consigues enterarte de algo sobre esa mujer en el hotel. Pero con inteligencia, ¿de acuerdo?

—Sí, Lin —se estremeció Wang.

—No lo olvides: prefiero que no te enteres de nada a que ella o sus dos guardaespaldas se enteren de que tú quieres enterarte de algo. Esa mujer es una pieza demasiado importante para pretender cazarla… con un simple manotazo…

—Sí, si —sonrió el conserje, un viejo portugués de rostro malicioso y simpático—. Recibimos la orden de reserva desde Hong Kong, *miss* Flower. Le tenemos dispuesta una hermosa habitación. ¿Me permite su pasaporte?

Mirna Flower sacó su pasaporte del gracioso maletín rojo con adornos de florecillas azules, y lo tendió al conserje, que mientras tanto, miró a los dos caballeros que había al otro lado del *comptoir*, haciéndoles un gesto amable de que esperasen, cosa que estaban dispuestos a hacer, naturalmente.

Ya en posesión del pasaporte de *miss* Flower, el conserje llamó a

un botones, para que subiese el equipaje de *miss* Flower al segundo piso, habitación 207. No había ascensor. El botones chino se hizo cargo de la llave y de la maleta, y se lanzó escaleras arriba, sonriendo, servicial a más no poder. A mitad del tramo primero *miss* Flower se volvió, y vio a los dos siguientes clientes del hotel mirándola fijamente. Ellos sonrieron al darse cuenta de que ya no podían disimular su atención hacia ella, y *miss* Flower, también con una leve sonrisa, reanudó la ascensión.

Un par de minutos más tarde, despedía al botones, dándole una propina en dólares americanos que lo convertía poco menos que en millonario en «patacas» de Macao.

Y ya sola, su ceño se frunció hoscamente. Lo primero que hizo fue abrir el maletín, y sacar del doble fondo la pistolita de cachas de madreperla, que adhirió a su muslo izquierdo por medio de una ancha tira de esparadrapo color carne. Luego dedicó cinco minutos a examinar la habitación, pero no encontró micrófono ni nada que le pareciera sospechoso. La habitación tenía un estrecho balcón viejísimo, como todo el hotel, que daba a la Rúa da Felicidade. Por lo demás, no era precisamente el Hilton de Hong Kong, ni mucho menos: cuarto para ducha, armario con espejo, dos sillones, la cama, la mesita de noche, una mesita redonda, con la laca ya desportillada…

Se dejó caer en un sillón, todavía con el ceño fruncido.

—No me gusta esto —musitó… ¡No me gusta! Creo…

Bip-bip-bip-bip-bip-bip…

Saltó hacia el maletín, todavía abierto, y tomó el paquete de cigarrillos, alzando inmediatamente uno de ellos.

—¿Sí? —susurró.

—Tiene cuatro rusos detrás de sus talones —susurró una voz masculina, en inglés—. ¿Se ha dado cuenta?

—¿Cuatro? —Palideció *miss* Flower—. Creí que solamente eran los dos que han venido conmigo desde Hong Kong…

—Había dos más en el embarcadero, esperándola. ¿No los vio?

—No… Estaba muy preocupada por los otros dos…

—Pues son cuatro. Dos de ellos se han alojado en el mismo hotel que usted, ya debe saberlo.

—Sí… Se están comportando con mucho descaro. Parece que consideran que no podré escapar.

—No se preocupe, yo arreglaré eso. ¿Ha traído el microfilme?

—¿Qué microfilme?

Se oyó una ahogada risa en la radio de Baby.

—Escuche bien, Baby: espere a la noche, y salga entonces como quien se dispone a dar un paseo por la ciudad. Diríjase a los muelles, pero, con mucho cuidado, pues la estarán vigilando en todo momento. A la izquierda del embarcadero al que ha llegado usted hace unos minutos, hay una lancha, que lleva el nombre de Hong Kong en caracteres chinos. ¿Conoce esos signos?

—Sí.

—Bien. Salte de pronto a esa lancha, que es muy veloz. No podrán seguirla, pero yo le saldré al encuentro cuando sea conveniente. ¿Entendido?

—Sí.

—Bien. Podrá seguir viaje a Hong Kong en esa misma lancha, usted sola, y espero que desde allá la ayudarán a regresar a Estados Unidos sin complicaciones. ¿Tiene alguna duda?

—Ninguna.

—Entonces, espero que lleve ese microfilme… Lo estamos necesitando ya con verdadera urgencia. Las noticias que me llegan desde Lop Nor respecto al grupo de rusos que…

—¿Quién es usted? —cortó Baby, impaciente.

—Lleve el microfilme. Y ahora, escuche esto: los almendros florecerán en China.

Baby abrió la boca, pero la cerró en seguida, al comprender que la comunicación se había cortado. Cerro también su radio, bajando el cigarrillo, y la dejó en el maletín. Cerró éste, y volvió a sentarse en el sillón.

No.

No le gustaba nada todo aquello. Evidentemente, algo había salido mal, pues de otro modo no era posible que nada menos que cuatro agentes rusos estuviesen tras ella… ¿Cómo se habían enterado? Naturalmente, se habían enterado en Hong Kong, pues de otro modo, no habrían podido tomar el mismo barco que ella. Sí… Se habían enterado en Hong Kong, y habían avisado a Macao, para que otros dos agentes de la MVD estuviesen esperando en el embarcadero, por si ella, en una de sus imprevisibles acciones de audacia, se desembarazaba por cualquier medio de los dos que iban

en el «hidrofoil»…

Debían saber que ella era Baby. Tenían que saberlo, pues de otro modo no habrían movilizado a cuatro agentes. Y si no la atacaban en aquel mismo momento, ni lo habían hecho antes, en el embarcadero, donde podían haberla matado impunemente, desde lejos, con un rifle silencioso de mira telescópica o con una simple pistola, era porque esperaban algo de ella. ¿Y… qué podían esperar sino saber qué hacía ella en Macao, a quién había ido a ver, qué estaba buscando Baby en Macao…? ¿O quizá sabían que ella llevaba el microfilme que revelaba los planes rusos para volar las instalaciones atómicas chinas de Lop Nor…? No. No, no, no… Si supiesen eso, los rusos la habrían hecho pedazos ya, habrían hecho cualquier cosa con tal de recuperar cuanto antes el microfilme. No lo sabían. Solamente la estaban vigilando, querían saber qué hacía ella allí. Pero, ¿cómo iban a saber que Baby iba a aparecer tal día y hora en Macao, procedente de Hong Kong?

La respuesta, aparentemente, sólo podía ser una: traición. Y el traidor, también aparentemente, sólo podía ser el Simón de Hong Kong… o el hombre que acababa de decirle por la radio que «los almendros florecerán en China».

Pero no… No, no, este hombre no podía ser, porque míster Cavanagh le había dicho que confiase ciegamente en el hombre que pronunciase esas palabras. Entonces…, ¿la había traicionado Simón de Hong Kong? Era la única respuesta. Pero… La mente de la espía internacional retrocedió en busca de recuerdos de dos años atrás, cuando ella había estado en Hong Kong para resolver el asunto de aquel estremecedor «tiburón rojo»… Recordó, como en una película fulgurante, todo lo sucedido, recordó a los Simones que habían trabajado con ella… No. Simón de Hong Kong, no. Tampoco el hombre que aseguraba que los almendros florecerían en China…

¿Entonces…?

Palideció de pronto, y movió negativamente la cabeza.

—No —musitó—. No, no; no, no… ¡No puede ser! Estoy desquiciando las cosas. Sí… Estoy tan convencida de que soy inteligentísima, que… hasta me paso de lista. Todo se arreglará, y entonces tendré una explicación menos brutal. Sí, menos brutal… y más lógica. Será mejor que me dedique a organizar mi arriesgada salida para esta noche…

Capítulo III

Hacía unos minutos que había oscurecido en Macao cuando *miss* Flower salió del hotel. En el cual, por cierto, no había visto a los dos rusos que habían llegado de Hong Kong en su mismo barco.

Pero su esperanzada sorpresa desapareció en cuánto salió a la Rúa da Felicidade, y los vio, en clara actitud de espera bajo las arcadas de enfrente y un poco más abajo… Por un momento, pensó en la conveniencia de ir al Central Hotel, y allá, intentar despistarlos, yendo de una a otra sala de juego, recorriendo los seis pisos sin parar, mezclándose con las mujeres de todas las razas que acudían en busca de clientela masculina. Pero desechó la idea en el acto: de ninguna manera le interesaba encerrarse en un sitio determinado. Lo que tenía que hacer era ir hacia el muelle, y allá, buscar la lancha que llevaba el nombre de Hong Kong en caracteres chinos… Eso, en el supuesto de que no fuese el hombre de los «almendros» el que la había traicionado, y que, por consiguiente, no existiese tal lancha.

Comenzó a caminar despacio, sin mostrar la menor prisa o nerviosismo, deteniéndose para contemplar los escaparates de las tiendas bajo las arcadas. A aquellas alturas, después de más de doce años de espionaje en importancia ascendente, no podía permitirse de ninguna manera perder los nervios.

Cinco minutos más tarde, estaba convencida de que sólo la seguían los dos rusos del hotel. Entonces… ¿dónde estaban los otros dos? El hombre de los «almendros» no le había facilitado esa información, a pesar de que debía saber perfectamente que era importante, ya que, si ella se dedicaba a despistar a los dos del hotel, podía meterse en la trampa que estuviesen preparando los otros dos, a los cuales tenía la desventaja de no conocer. Claro que en cuanto los viese sabría que eran ellos…

Cuando llegó al embarcadero, un «hidrofoil» estaba a punto de

salir hacia Hong Kong. Los pasajeros iban subiendo lentamente al barco… Y esta idea le gustó más: si subía al «hidrofoil» de pronto, sorprendería a los dos rusos, y, aunque probablemente ellos tendrían también tiempo de abordar la embarcación, no podrían hacerle objeto de agresión alguna durante el viaje, pues ella se encargaría de colocarse en lugar seguro. Durante el viaje, ya cerca de Hong Kong, podía llamar por la radio de bolsillo que llevaba en el maletín a Simón, ocultándose unos segundos en los servicios del barco; Simón y varios compañeros más acudirían a esperar el «hidrofoil», y hasta era posible que salieran a su encuentro en una lancha… Con lo cual, los rusos se lo pensarían muy bien antes de atacarla.

Sí.

Esta idea era mucho mejor. Luego, desde Hong Kong, Simón volvería a enviar por radio el mensaje al hombre de los «almendros», le daría explicaciones, y concertarían otra cita… Era estúpido seguir corriendo aquel riesgo.

Se dirigió, siempre como quien está paseando, hacia el «hidrofoil».

Y cuando estaba a menos de veinte pasos del barco, vio al tercer ruso.

Ella no podía confundirse jamás en una identificación de aquella clase. El hombre estaba de pie, cerca del «hidrofoil», fumando, sosteniendo el cigarrillo con la mano izquierda. La derecha, como en un gesto casual y natural, estaba bajo la solapa izquierda de su blanca chaqueta.

Y la estaba mirando.

La mirada expectante, entornados los ojos, listo para entrar en acción inmediatamente. Si ella se acercaba al «hidrofoil», el hombre posiblemente dispararía… Podía anticiparse a él, desde luego, pero entonces quedarían los otros dos, a su espalda, que no vacilarían en sacar sus pistolas.

Baby se detuvo, y se quedó mirando el «hidrofoil», hasta que éste partió. Todo su aspecto era el de una turista curiosa, que no quería perderse detalle alguno. No podía parecer más tranquila, sonriente, divertida…, pero sus nervios comenzaban a tensarse.

También podía recurrir a otra solución: regresar hacia las estrechas callejas cercanas a los muelles, llevando detrás a los dos

rusos del hotel. En esas callejas, podía fácilmente esconderse, tender una trampa a los rusos, y quitarlos de en medio, echando luego a correr, desapareciendo del alcance del otro…

Fue entonces cuando vio al cuarto ruso. Apareció por su derecha, caminando con indolencia, mirándola atentamente, sin ningún disimulo. Llevaba la mano derecha metida en el bolsillo de aquel lado de la chaqueta.

Unas gotitas de sudor helado aparecieron en la frente de Baby. Dejó el maletín en el suelo, en posición vertical, y apoyó en el borde su pie derecho, como si quisiera examinar el zapato, que, al parecer, la estaba molestando; al inclinarse, movió la cabeza en rápido semicírculo, abarcando la situación: estaba justo en el centro de un círculo que la empujaba hacia el mar. Los cuatro rusos se habían detenido, imperturbables. Sabían que la tenían en el cepo, y esperaban una de estas dos cosas: que entrase en contacto con alguien que no se hubiese dado cuenta de que a ella la estaban siguiendo, o, si ella decidía no realizar ese contacto, matarla.

Así de simple.

Se incorporó, recogió el maletín, y siguió caminando ahora más cerca del borde del muelle, mirando las lanchas que estaban amarradas a la izquierda del embarcadero del «hidrofoil»… Cuando vio la que tenía el nombre de Hong Kong en caracteres chinos, su corazón dio un brusco, fortísimo, casi doloroso salto. Era una lancha flamante, que parecía a ella en aquel momento, no tendría ni siquiera tiempo de ponerla en marcha.

Su cerebro comenzó a trabajar con la lucidez habitual, y pronto encontró la solución. Rebasó aquella lancha quizá un centenar de metros, y luego dio media vuelta, regresando hacia el embarcadero. Instantáneamente, los cuatro rusos iniciaron la misma maniobra. Era… como el movimiento de una marea: adelante, atrás, adelante, atrás… Exactamente como si ellos cinco formasen un solo cuerpo en poder de la marea. A los rusos les importaba un pito que ella supiese que la estaban siguiendo: tenían a Baby ante ellos, y no correrían el menor riesgo de perderla de vista por disimular.

No.

Ningún ruso desperdiciaría aquella ocasión…

Rebasó el embarcadero otro centenar de metros, ahora hacia la derecha, y de nuevo dio media vuelta, regresando hacia la lancha

qué tenía a su disposición… Debía tener la llave en el contacto, naturalmente. La volvió a ver, la rebasó de nuevo cien metros, y volvió hacia el embarcadero. Cuando pasaba por éste, miró su reloj de pulsera, con gesto de impaciencia. Tenía que dar la impresión de que estaba esperando a alguien allí, convencer a los cuatro rusos de que estaban consiguiendo su objetivo. Otra vez rebasó el embarcadero un centenar de metros hacia la derecha, y, otra vez dio la vuelta. Sus gestos se iban haciendo nerviosos, impacientes… No podía representar mejor la actitud de quien espera a alguien.

Volvió hacia el embarcadero, lo dejó atrás una docena de metros, y, de pronto, se detuvo. De nuevo el zapato parecía molestarle, porque dejó otra vez el maletín en el suelo, puso el pie derecho sobre él, y miró el zapato. Se lo quitó, y se volvió para que la luz le diese de lleno. Seguramente, los rusos estaban viendo el sudor que brillaba en su frente, y debían estar tremendamente regocijados. ¡Pues no era nada tener a Baby paseando arriba y abajo como metida en una jaula, viéndola sudar de angustia…!

Se quitó el otro zapato, y también lo miró. Los rusos permanecían siempre a la misma discreta distancia, otra vez parados, inmóviles, fijas sus miradas en ella, que parecía dedicar toda su atención a los zapatos de alto tacón.

De pronto sujetó ambos con la mano izquierda, empuñó el asa del maletín con la derecha, y se lanzó a todo correr hacia la lancha Hong Kong. La rapidez de su acción, la velocidad de su carrera fue tal, descalza sobre el resbaladizo piso del muelle, que los rusos quedaron como petrificados el tiempo suficiente para que la distancia que los separaba de ella se doblase.

Inmediatamente echaron a correr en su seguimiento, y uno de ellos incluso sacó la pistola. Pero Baby no podía ver esto. Ni le interesaba. Toda su atención estaba hacia delante, hacia donde ponía los pies, con veloces vistazos hacia la posición de la lancha salvadora. Si hubiese saltado a ésta en cualquiera de las veces que la había tenido delante, los rusos habrían llegado al borde del muelle antes de que ella, tras ponerla en marcha, tuviese tiempo de zarpar mar adentro.

Pero, con aquel golpe de sorpresa, disponía de unos segundos más…, que fueron suficientes.

Llegó a donde estaba la lancha, saltó a ella, dejó los zapatos y el

maletín, y saltó hacia los mandos, tanteando en busca de la posición de la llave. La encontró, dio el giro hacia la derecha, y el motor respondió en el acto.

Ya completamente cubierto de sudor su rostro, desorbitados los ojos, Baby volvió la cabeza hacia el muelle, mientras la lancha se despegaba con fortísima sacudida de las brillantes piedras… El primer ruso en llegar al borde del muelle fue el que la había estado contemplando junto al «hidrofoil». Baby le vio alzar la mano derecha, y se encogió… No vio los fogonazos de los silenciosos disparos, pero sí oyó por encima de ella el chasquido de una bala, y a su rostro saltaron unas cuantas astillas cuando otra perforó el salpicadero de la lancha.

Miró hacia atrás de nuevo, y vio a los cuatro rusos, cada vez más pequeños en la distancia, corriendo por el borde del muelle, hacia la derecha del embarcadero. Lo comprendió en seguida: tenían también una lancha, y se disponían a perseguirla.

Sonriendo ahora con crispado gesto de burla, la espía internacional miró hacia delante…, y lanzó un grito al ver el pequeño junco hacia el cual se dirigía en línea recta. Movió el volante frenéticamente, y la lancha pasó a menos de un metro de la proa del junco, en cuya borda aparecieron dos chinos, gesticulando, gritando airadamente.

Magnífica lancha.

En pocos segundos, dejó atrás el muelle, y no tardó en salir a mar abierto. Para entonces, el aire de la marcha había secado ya su sudor de angustia, y notaba en todo el cuerpo un fresco deliciosamente reconfortable. Volvió la cabeza y vio las luces de otra lancha, lanzada a toda velocidad tras ella.

—*Okay* —murmuró la espía—: tenéis derecho a intentarlo. Pero vuestra presa ya se ha escapado.

De todos modos, no parecía que fuese a ser fácil, pues los rusos disponían también de una lancha velocísima, que en modo alguno era fácil de dejar atrás. Ya en pleno mar abierto, con la noche llena de estrellas sobre ella, Baby aceleró aún más, y la lancha pareció saltar, y casi comenzar a volar sobre las negras aguas.

Cuando volvió la cabeza, divisó todavía las luces de la otra lancha… Y su ceño se frunció al ver, por detrás de la lancha de los rusos, las luces de otra lancha más, que tampoco parecía tener

velocidad de tortuga, precisamente.

¿La seguían dos lanchas ahora?

¿Qué estaba ocurriendo?

¿En qué clase de lío se había metido cumpliendo aquella sencilla misión de entregar un microfilme?

Fuese el que fuere no estaba dispuesta a dejarse alcanzar. Así que aceleró a tope, como si quisiera llegar en pocos segundos hasta las estrellas…

Y al acelerar a tope, algo pasó en el panel de mandos. Vio las chispas azuladas, la lancha brincó a trompicones, el motor pareció emitir un fortísimo ronquido… y se paró. Durante la distancia que todavía recorrió la lancha por el impulso de la marcha, la divina espía tuvo la sensación de que todo el frío del mundo penetraba en su cuerpo. Cuando reaccionó, fue para mover la llave de la ignición, desesperadamente, una y otra vez. Pero el motor solamente emitía un «ra-ra-ra-ra» de impotencia, de muerto… Tan muerto como iba estar Baby si no reaccionaba rápidamente.

El primer pensamiento fue lanzarse al agua, pero fue rechazado inmediatamente: la acribillarían sin piedad.

El segundo pensamiento, fue el lógico, el mejor sin duda alguna.

Se arrodilló en cubierta, abrió el maletín, y sacó el pequeño trípode de tubos de aluminio, que desmontó para acoplarlos luego unos a otros, formando el tubo de su fantástico fusil. A toda prisa, colocó el culatín que, a simple vista, parecía «y en realidad era» un simple secador de cabello a pilas…

Para entonces, la lancha de los rusos estaba deslizándose a motor parado hacia ella, describiendo un cerrado arco, a menos de sesenta metros…

—¡Baby! —le llamó una voz en inglés—. ¡Es inútil que intente nada más! ¡Colóquese de pie en popa, con los brazos en alto, que podamos verla bien! ¡Sé que me está oyendo!

Por supuesto Baby no contestó. Estaba separando el doble fondo de uno de sus tarros de crema facial, del cual sacó una pequeña esfera que parecía de aluminio. Mientras la colocaba por la boca del tubo del improvisado fusil, oyó algunas voces en ruso, traídas por la brisa…

—¡Baby! —Oyó la misma voz de antes—. ¡Tiene cinco segundos para hacer lo que le he dicho! ¡Si no lo hace…!

La espía se deslizó hasta la borda, se colocó bien el fusil de tubos de aluminio, se puso de rodillas, apuntó una fracción de segundo y disparó.

Sesenta metros más allá, la ya detenida lancha de los rusos se convirtió en una restallante bola de fuego rojo y plateado, de brillo intensísimo, para quedar en seguida envuelta en llamas, que comenzaron a chisporrotear muy pronto, pues lo que quedaba de la lancha empezó a hundirse rápidamente.

Y mientras esto sucedía, la espía miraba hacia la otra lancha, que estaba ya muy cerca. Era más grande que la de ella y la de los rusos, y podía ver bien, teñido de rojo, su blanco casco. Baby apretó los labios, y metió otra de aquellas pequeñas granadas incendiarias por la boca del tubo de aluminio.

—No habéis debido menospreciarme —masculló—. Yo os enseñaré a acorralar a Baby.

Alzó de nuevo el fusil, apuntando a la otra lancha, cuya proximidad todavía no era suficiente. En cuanto llegase a menos de ciento veinte metros, la hundiría. A menos que antes recibiese pruebas de que quien llegaba allí era el hombre de los «almendros»…

Pero la lancha se detuvo a casi doscientos metros, virando para que el propio impulso no la acercase más a la que ocupaba la espía. Se colocó de proa a ella, y, de pronto, un potente haz de luz pareció rebotar en las aguas, y cayó de lleno sobre la pequeña lancha de Baby, que parpadeó, deslumbrada, y alzó la mano izquierda para colocarla ante los ojos.

Una voz metálica, seca, llegó claramente hasta la espía, suficientemente ampliada por el megáfono de mano:

—Tenemos un cañón y dos ametralladoras a bordo —dijo aquella voz, en inglés—. Le sugerimos que deje su armamento en la lancha y venga a nado hasta aquí. Si no lo hace, dispararemos el primer cañonazo de aviso. El segundo cañonazo, ya no será de aviso.

Baby se esforzó en buscar una identificación en aquella poderosa lancha, pero no podía ni siquiera verla. La potencia del foco la tenía prácticamente cegada.

Y desde luego, no estaban bromeando. Además, eran lo bastante astutos para comprender que a aquella distancia estaban a salvo…

Lo sabían con la misma seguridad que si conociesen su armamento, el alcance de éste, su poder limitado ofensivo.

La elección no tenía muchos resortes por tocar, desde luego: o hacía lo que le decían, o iba a parar al fondo del mar convertida en pedazos.

Se incorporó, agitando los brazos.

—¡Voy hacia ahí! —gritó.

—De acuerdo, hágalo —aceptó la voz ampliada por el megáfono —. Pero deje todas sus cosas en la lancha. Queremos verla saltar desde la borda después de separar las piernas y abrir los brazos.

Brigitte asintió con un gesto. Se inclinó hacia el maletín, sacó la cápsula con el microfilme y se la tragó. Se colocó en el borde de la lancha, manteniendo a duras penas el equilibrio, pues la pequeña embarcación se movía considerablemente… La luz del foco la recortó, espléndida, bellísima, mientras abría las piernas en lo posible y alzaba los brazos, formando una gran X. Era imposible que llevase arma alguna que aquellos hombres no pudiesen ver, con tanta luz y sin duda utilizando además unos prismáticos.

—¡Salte! —le ordenaron.

Sin vacilar, se lanzó de cabeza al agua. Volvió a flote en seguida, y comenzó a nadar hacia el foco, sin prisas. A su derecha, todavía quedaban pequeños restos humeantes de la lancha de los rusos. Y cuando pasaba a la altura de aquellos restos, oyó los gemidos, como formando parte del rumor del mar. Volvió la cabeza tras detenerse y vio a un hombre braceando débilmente.

No lo pensó ni siquiera un segundo. Desvió la marcha hacia allí, y llegó ante el hombre, quedando ahora los dos en el centro del círculo de luz. El ruso tenía la cara salpicada de quemaduras, sobre las cuales, el salitre del mar no debía ser precisamente un alivio. Sus claros ojos se fijaron con expresión aterrada en aquella peligrosísima enemiga que se mantenía a flote ante él, mirándolo sin rencor alguno.

—¿Se queda o viene, colega? —preguntó ella en ruso; y como el ruso no contestase, añadió—: No sé quiénes son, pero sólo tenemos ése camino… o el del fondo del mar. ¿Le ayudo?

El ruso cerró los ojos, y Baby lo interpretó con toda exactitud: para una espía, siempre hay tiempo de morir, siempre llega el momento. Pero mientras llega ese momento hay que aferrarse a la

vida, sin perder jamás la esperanza.

Se acercó a él, le tomó de un brazo y el espía soviético gimió fuertemente.

—Tranquilo… Tranquilo…

Pasó detrás de él, lo asió cuidadosamente por los sobacos, y siguió nadando, ahora de espaldas, remolcando al ruso hacia la lancha de los desconocidos.

Capítulo IV

Cuando llegó junto al casco, el foco se había, apagado ya, y sólo las luces de navegación de la lancha lo iluminaban. Desde la borda descolgaron un cabo, y Baby lo ató bajo los sobacos del ruso.

—Arriba —dijo—. Pero con cuidado: está herido.

Se mordió los labios, conteniendo un grito de indignación, cuando la cuerda se tensó bruscamente y el soviético lanzó un alarido al ser izado como si fuese una bestia que había que rematar… Tras el alarido, el ruso quedó tan inerte y silencioso que Baby comprendió que se había desvanecido. Mejor… para él.

El cabo volvió a colgar, y se aferró a él con ambas manos. Con unos cuantas tirones carentes por completo de la menor delicadeza, fue izada. Luego, unas manos asieron groseramente su cuerpo, y la depositaron en cubierta, dejándola de pie ante un gigantesco sujeto de cabeza tan redonda como una bola… La luz de uno de los focos pequeños cayó sobre la espía internacional, iluminando toda su belleza.

El gigante habló en un idioma que hizo palidecer a Baby. Y cuando un segundo después, mientras rugía de nuevo el motor de la lancha, él se adelantó hasta quedar en la zona de luz, la espía ya sabía que era un chino.

Un chino tan especial que no pudo evitar el respingo de espanto, ni el paso atrás mientras se estremecía.

—Mis hombres recogerán sus cosas de la lancha ahora —dijo el gigante chino, impávido—. Vamos abajo, y podrá secarse y abrigarse mientras traen sus ropas.

Señaló hacia la pequeña portilla, y Baby caminó hacia allí…, hasta tropezar con el cuerpo tendido en la cubierta. Era el ruso. Baby miró, al gigante.

—¿No van a ayudarlo a él? —susurró.

—Nos ocuparemos de él debidamente y a su debido tiempo…

Baje.

Descendió la media docena de peldaños, hasta la pequeña cámara, en cuyo centro quedó inmóvil, comenzando a sentir el frío del agua penetrando hasta sus huesos. El chino abrió un armario estrecho y sacó una manta, que le tiró a las manos… La lancha se había detenido y Baby comprendió que uno de los amigos de aquel ser terrorífico había saltado a la suya para recoger sus cosas…

—De modo que eran rusos —murmuró el gigante.

—¿Qué…?

—Creíamos que esos cuatro hombres eran americanos… Guardaespaldas de usted.

—No suelo ser tan aparatosa.

—¿No lleva nunca guardaespaldas?

—En ocasiones… Pero son mucho más discretos.

—Sí… Debí comprenderlo. Pero —sonrió de un modo espeluznante—, todos fallamos alguna vez, ¿no cree?

—Por supuesto.

El chino asintió con su cabezota pelada, y las cicatrices color escarlata parecieron brillar con luz propia.

—Mi nombre es Lin Chu. ¿Y el suyo?

—Parece que usted ya lo sabe. ¿O no?

—Sé que es Baby, y que en Macao se ha inscrito en el Hotel Felicidade con el nombre de Mirna Flower… Uno de mis hombres averiguó eso. Pero yo pregunto por su verdadero nombre.

Baby sonrió, sosteniendo la mirada de Lin Chu. Éste comprendió y también sonrió. Habría sido difícil decidir en cuál de los dos rostros había más dureza, en qué par de ojos brillaba una luz más indomable.

—Será mejor que se abrigue —dijo Lin Chu—. Conviene que esté en buenas condiciones físicas mientras dura su estancia entre nosotros… Necesitará todas sus condiciones físicas, se lo aseguro.

Baby volvió a sonreír, ahora despectivamente. Se volvió cuando, ya a punto de recoger la manta, oyó las pisadas en la escalerilla que llevaba a cubierta, y la voz, también en chino…

Esta vez la impresión fue muy diferente. El chino que estaba todavía en alto, un pie en el penúltimo escalón mirándola maravillado, atónito, con sus ropas en las manos, era completamente distinto al llamado Lin Chu. No podía existir más

diferencia entre dos hombres, chinos o no.

Lin Chu habló secamente, y el apuesto chino recién llegado contestó alzando las ropas de Baby, sin dejar de mirar a ésta. Lin Chu se acercó, le arrebató las ropas y dio una seca orden. El otro parpadeó, y regresó a cubierta.

Lin Chu dejó las ropas de Baby sobre un silloncito, sonriendo pérfidamente.

—Parece que ha impresionado usted a Ting Pao.

Ella lo miró detenidamente.

—¿A usted no? —susurró.

Lin Chu encogió los colosales hombros.

—¿Habla chino? —preguntó.

—Todavía no.

—Ah —sonrió de nuevo pérfidamente Lin Chu—. Todavía no… Bien, supongo que usted no es de la clase de personas que pierden la esperanza.

—Nunca.

Baby se envolvió con la manta y se sentó. Estuvo unos segundos pensativa, antes de volver a mirar a Lin Chu fijamente.

—¿Sabían ustedes que yo iba a llegar a Macao? —susurró.

—Desde luego.

—¿Cómo lo supieron?

—Me gustaría poder decirle que uno de sus amigos la traicionó, pero no es así. Captamos su onda.

—¿Qué onda?

—La onda que la CIA está utilizando para recibir informaciones y dar instrucciones en este punto de Asia. Hace varios días que estamos captando diversos mensajes, y así nos enteramos de que la agente estrella de la CIA, la nunca vencida Baby iba a llegar a Macao, en el «hidrofoil» de Hong Kong, hacia las cuatro de la tarde…, con un pañuelo azul en la cabeza… Al parecer, también los rusos han podido captar la onda de la CIA estos días, ¿no le parece razonable?

—Razonable, sí. Pero poco probable.

—¿Poco probable? Bueno, ahí tiene los hechos: dos rusos tomaron el mismo barco qué usted, y, por supuesto, habían avisado para que otros dos los estuviesen esperando. Evidentemente, ellos querían lo mismo que quiero yo.

—¿Qué es lo que quiere usted?
—Saber qué cosa iba a entregar usted a qué persona en Macao.
—¿Y después de saber esto? —sonrió Baby.
—Depende de lo que sea. No sé. Pero si me está preguntando si después la mataría, entienda bien que ésa no es decisión que deba tomar yo. En Pekín no van a creer que la he atrapado, pero… tendrán que ser ellos quienes tomen la decisión final sobre usted. Por mi parte, limitaré toda la acción a las preguntas que ya le he hecho: ¿qué trae usted y quién es la persona que debe recibirlo?

Baby asintió con la cabeza, y quedó pensativa. De ninguna manera podía entregar el microfilme a los chinos si quería evitar serios contratiempos que podían tener imprevisibles repercusiones internacionales. Repercusiones que podían perturbar notablemente la buena marcha de la naciente «amistad» entre China y Estados Unidos, de un modo u otro. Aunque… no. Esto, no. Lo que se enturbiarían aún más serían las relaciones entre China y Rusia, no entre China y Estados Unidos. Pero un confrontamiento violento, aunque fuese a pequeña escala entre chinos y rusos, podía ocasionar muchos muertos, y quizá un conflicto armado que al colocar a China en posición de agresora, quizá obligaría a Estados Unidos a… enfriar su naciente amistad hacia el gobierno de Pekín…

No. No podía entregar el microfilme, desde luego. Y no lo entregaría «ocurriese lo que ocurriese».

—Es una determinación muy dolorosa la que está usted tomando —musitó Lin Chu.

Baby alzó la cabeza, vio aquellos diminutos ojos fijos en ella, y comprendió que también Lin Chu era capaz de interpretar los pensamientos de las personas que tenía delante.

—¿Me da un cigarrillo? —pidió.

Lin Chu alzó las cejas. Se palpó las ropas, sonrió, y fue al pie de la escalerilla. Dio un grito y segundos después, el bello chino llamado Ting Pao aparecía en la cabina, llevando el maletín de Baby en una mano, y el fusil de tubos de aluminio y los zapatos en la otra. Comenzó a hablar excitadamente, mostrando el ligerísimo pero peligrosísimo fusil de la espía internacional, haciendo claros ademanes de comprensión de su funcionamiento; Lin Chu asintió con la cabezota y se hizo cargo de todo aquello, musitando unas palabras que movilizaron a Ting Pao hacia la espía. Se plantó ante

ella, le ofreció un cigarrillo y se lo encendió, siempre mirándola como alucinado, incrédulo, absolutamente estupefacto. La divina espía lo miró sonriente, expeliendo el humo.

—¿No habla usted inglés? —se interesó.

—Desde luego que sí —aceptó Ting Pao.

—Ah… Magnífico. Yo no hablo chino, y si el único que hubiese hablado inglés de ustedes fuese Lin Chu, temo que las conversaciones no serían muy amenas entre él y yo.

—Le sugiero a usted, por el bien de todos, que sea… sumamente amable con Lin.

—¿Por el bien de todos?

—Especialmente, por el de usted. ¿De verdad es Baby?

—No —sonrió Baby—. Les han engañado. Todo ha sido un truco, Ting Pao.

Las facciones de éste se endurecieron bruscamente.

—¿Qué clase de truco? —exclamó.

—Vamos, vamos —rió la espía—. ¿De verdad piensa que voy a decírselo?

—De un modo u otro, usted nos dirá…

Se calló al oír la seca voz de Lin Chu, que estaba examinando todavía el fusil de tubos de aluminio. Durante unos segundos, los dos chinos estuvieron hablando un tanto ásperamente en su idioma, hasta que Ting Pao, hosco el gesto, regresó a cubierta. Lin Chu miró severamente a Baby.

—No se meta con Ting —aconsejó—. Su… estabilidad emocional no es tan conveniente para usted como la mía. Es muy violento.

—¿Usted no?

—En ocasiones. Pero también soy más cerebral. Créame: no moleste a Ting Pao.

—Sólo le he dicho que yo no soy Baby, que todo ha sido un truco para engañarlos a ustedes.

—Muy interesante —sonrió desdeñosamente Lin Chu.

—¿No me cree?

—¿Después de ver cómo se ha desembarazado de cuatro rusos a la vez? No me distraiga, por favor.

Se dedicó ahora a examinar el maletín, tras echar un vistazo a los zapatos, cuyo tacones intentó desplazar, sin conseguirlo, al menos con la delicadeza que habría requerido la existencia de un

truco en ellos. Fue sacando cosas del maletín, despacio, como si tuviese todo el tiempo del mundo.

Pero, al parecer, no era así. Un par de minutos más tarde, Ting Pao bajó una vez más y de nuevo se enzarzaron en una conversación de la que Baby no podía entender ni una sola palabra… Por fin, Ting Pao volvió arriba…, para bajar todavía otra vez, precediendo a dos chinos más, que llevaban con pésimos modales al espía ruso, cuyo rostro estaba desencajado por el dolor. Pero ni una sola queja brotó de sus labios. Ni siquiera cuando fue tirado rudamente ante los enormes pies de Lin Chu, que pareció ignorarlo hasta que hubo terminado de examinar el curioso peine de la espía internacional, de cuyo mango, al apretarlo, salía un agudo estilete. Este fue un juego que hizo sonreír a Lin Chu, sonriendo, haciendo aparecer y desaparecer varias veces la finísima, afiladísima hoja de acero.

Por fin, su mirada se clavó en el espía ruso, que yacía a sus pies, roto un brazo, lleno el cuerpo de quemaduras, incapaz de moverse.

Lin Chu hizo una pregunta en chino y el ruso respondió en el mismo idioma, sin vacilar. Baby iba mirando de uno a otro, siempre sin entender una sola palabra.

Se hizo el silencio entre los dos y entonces Lin Chu miró a la espía norteamericana.

—Según parece, mi teoría era correcta: los rusos también captaron el mensaje que anunciaba la llegada de usted a Macao, y, naturalmente, se dispusieron a saber qué traía usted y para quién, con la intención clarísima de eliminarla en cuanto hubieran conseguido saber todo eso. Evidentemente, insisto, su sistema radial está… perturbado últimamente. Cosa que tanto a los rusos como a nosotros los chinos, nos está favoreciendo mucho.

—A mi regreso a Hong Kong diré que estudien y corrijan esa… avería —dijo Brigitte.

—¿A su regreso a Hong Kong? Oh, sí, entiendo: es usted de la clase de personas que nunca pierden la esperanza. Me parece admirable. Bien: ¿le gustaría a usted hacerle algunas preguntas al ruso?

—¿Para qué? Usted me ha dicho todo lo que podía interesarme. De todos modos, gracias por su amabilidad.

—No se merecen. Creo que el ruso ya no nos sirve de nada,

¿verdad?

—No. Pero es un hombre que está…

Lin Chu se había inclinado hacia delante, y al ver la expresión de sus ojos, el ruso respingó y abrió mucho los suyos… Pero eso fue todo lo que pudo hacer: el agudo estilete del peine de la espía internacional, manejado por Lin Chu, se hundió en su garganta, de la que brotó un ronco sonido. Inmediatamente, el agente de la MVD se relajó, tras una rígida sacudida de todo su cuerpo. Ting Pao, los otros dos chinos y Lin Chu, contemplaban impasibles el cadáver, mientras Baby, intensamente pálida, pudo terminar al fin con voz ronca:

—… cumpliendo con su deber.

Lin Chu limpió el estilete, en los mojados jirones de ropa que mal cubrían el cuerpo del ruso, recogió la hoja y dejó el peine a un lado del maletín, diciendo algo en chino. Los dos hombres que habían traído al ruso se lo llevaron y Baby supo que su colega soviético descendería para siempre al fondo del mar. Ting Pao dijo algo y volvió a cubierta.

—Será mejor que se vista ya —dijo Lin Chu—: pronto desembarcaremos.

—¿Para ir… adónde?

—A mi casa. Es una hermosa casa, en el campo, pero al mismo tiempo muy cerca de Macao. Un coche nos estará esperando cerca de donde vamos a desembarcar… Interesante equipo de viaje el suyo, Baby —señaló el maletín.

—Los hay peores.

—Sin duda. ¿Está aquí lo que usted tenía que entregar a… quien sea?

—No.

—¿Dónde está?

—Lo tiré al mar.

Lin Chu se quedó mirándola impertérrito.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—Porque eso no sería propio de una espía de su categoría, simplemente.

—No diga tonterías.

Estuvo mirándola sin pestañear, sin que en su rostro apareciese

la menor emoción, la más mínima expresión que pudiese revelar sus pensamientos. Era como si aquel rostro terrible, aquellos pequeños ojos, se hubiesen convertido en piedra. Baby se puso los zapatos.

—¿Le importaría guardarme esto en mi maletín, hasta que se sequen?

Lin Chu guardó las prendas con todo lo demás y señaló la escalerilla. Baby fue hacia allí, alzó un pie… y cuando intuyó lo que iba a ocurrir, ya era tarde: la enorme mano derecha de Lin Chu cayó de canto en su nuca, y la mejor espía de todos los tiempos se desplomó fulminada por el tremendo golpe.

Capítulo V

Lo primero que vio al abrir los ojos fue un techo. Un techo de color azafrán, pulido, impecable. Cuando se movió, la cabeza pareció a punto de estallarle, y cerró nuevamente los ojos. Se ladeó sin abrirlos y estuvo así un par de minutos. Cuando los volvió a abrir, vio a un chino sentado con las piernas cruzadas, apoyado de espaldas en una pared de color azafrán… ¿O era el techo…? No. Era la pared y el chino tenía una pistola en la mano.

Desvió la mirada de él, y vio la ventana. Por ella, divisó algunas cañas de bambú y, detrás, la negra noche. Volvió a moverse, con todo cuidado, pues temía que la cabeza le saltase en pedazos… Su mano izquierda tocó un tejido áspero. Miró al chino, pero la inexpresividad de éste era clásicamente oriental.

Se sentó sobre la esterilla de paja, alzando aquella prenda de áspero tejido. Parpadeó desconcertada. Era la prenda superior de un «judogui», o, al menos, lo más parecido posible a la chaqueta larga que se usa en judo; también estaban los pantalones… Pero no. No era un equipo de judoka propiamente dicho, sino las humildes prendas que utilizan los campesinos chinos, pantalón y chaquetilla. También había un cordón blanco, para sujetar la chaquetilla.

Se puso en pie y, mientras se ponía aquellas prendas, fue mirando a los «tres» chinos que había en aquella habitación, cada uno con una pistola en la mano, fijas obsesivamente en ella, sus negras miradas impávidas.

Se llevó las manos a la cabeza, y estuvo así unos segundos; con los ojos cerrados. Cuando los abrió, sólo había «dos» chinos en la habitación. Miró hacia la puerta, comprendiendo: había ido a avisar que ella había despertado.

En la habitación no había nada a excepción de ella, los chinos y el techo. Los chinos la miraban y eso era todo. Parecían estatuas. Baby se acercó a una de las paredes, se inclinó hasta que sus

antebrazos estuvieron apoyados en el suelo, y se impulsó hacia arriba con las piernas, quedando cabeza abajo, en vertical; en la «Salamba Sirsana» del yoga.

Cuando cinco minutos después, se puso en pie, de su rostro había desaparecido la fatiga, y no quedaba rastro del intenso dolor de cabeza. Regresó a la esterilla, se sentó como los chinos y se dispuso a esperar plácidamente.

El chino que había salido antes volvió pronto, ocupó su lugar y todo siguió en paz y en silencio.

Casi una hora más tarde, la puerta de aquel cuarto brillante y vacío se abrió y apareció Ting Pao.

—Venga conmigo —dijo— Lin Chu quiere verla.

Baby se puso en pie, y los chinos la imitaron rápidamente. Salió Ting Pao, luego los tres chinos armados de pistola. Recorrieron un pasillo, vacío también de todo mueble o adorno, y entraron en otro cuarto, más grande, donde tampoco había muebles. Sólo un aplique de luz en el techo. Y una esterilla, sobre la cual estaba sentado Lin Chu, enorme, barrigudo, poderoso…, y escalofriante. A su alrededor, esparcidos por el suelo, destrozados, estaban todos los pequeños pero mortíferos pertrechos que Baby llevaba siempre en su maletín. Todo había sido desmenuzado, inspeccionado, machacado, examinando hasta el más pequeño rincón. El maletín estaba despedazado, vuelto al revés, cortado en cientos de pequeños fragmentos, así como las ropas de la espía internacional.

—Aquí no está —señaló Lin Chu los restos del equipo de la espía —. ¿Dónde lo tiene?

—¿El qué?

—Lo qué sea. No está en su maletín, ni en sus ropas, ni en sus diabólicos frascos de perfume o de maquillaje… Lo he examinado todo, y no hay nada que merezca mi atención. Sí mi curiosidad, pero no mi atención. ¿Dónde lo tiene?

—No sé a qué se refiere.

—Usted trajo algo desde Hong Kong. En estos momentos, es posible que «alguien» la esté esperando por los muelles de Macao, de modo que mis hombres lo… identificarán y lo traerán aquí… Todo el muelle está vigilado. Por eso, dejaremos como pregunta secundaria la que se refiere a la personalidad del hombre que debería recibir lo que usted ha traído de Hong Kong, y pasaremos

exclusivamente a ese… objeto.

—Ah, ya… Se refiere a lo que tiré al mar.

—¿Qué era?

—Un objeto, usted lo ha dicho.

—¿Qué clase de objeto?

—Una libreta.

Lin Chu parpadeó.

—¿Una libreta?

—Sí.

—¿Qué contenía?

—Indicaciones para un reajuste de la red de la CIA en Macao y sus derivaciones en Cantón, así como la orden de cambiar la onda de radio a partir del próximo mes de octubre.

Ting Pao lanzó una exclamación de triunfo, pero Lin Chu, la cortó con un seco gesto, sin mirarle.

—¿Qué indicaciones eran ésas?

—Lo ignoro. Estaban escritas en chino, y yo, de chino, ni pum.

Lin Chu sonrió levemente.

—¿Qué quiere decir «ni pum»?

—Que de chino no sé ni una palabra.

—¿Y sin saber chino la enviaron a usted… para una misión tan… rutinaria?

—¿Rutinaria? —Alzó las cejas Baby.

—Hasta ahora, esas actividades han estado reservadas a agentes de primer orden. Sólo de primer orden. Usted es… especial. Por lo tanto, está mintiendo.

—Es posible.

—La CIA no enviaría a Baby a Macao para semejante tontería.

—Si usted lo dice…

—Lo digo.

—Pues… *Okay*.

—Lin —tembló de ira la voz de Ting Pao—, déjamela a mí. ¡Déjamela de mi cuenta y…!

—Mientras yo esté aquí —cortó una vez más Lin Chu fríamente —, todas las cosas corren de mi cuenta, no de la tuya.

—Se está burlando de ti, ella se está tomando a broma su situación, tus palabras…

—La agente Baby y yo nos entenderemos perfectamente. Somos

dos cerebros de primera línea, Ting. Tu intervención solamente está ocasionando molestias y retrasos en el desarrollo de mi interrogatorio.

Ting Pao se envaró, se mordió los labios… Luego, quedó inmóvil, como congelado, alzando la barbilla en un gesto de furia mal disimulada. Lin Chu lo ignoró tan completamente como si Pao hubiera desaparecido de allí de golpe, y volvió su mirada a Baby, que sonreía deliciosamente.

—A eso le llamo yo tener autoridad —dijo la divina—. ¡Mano dura con los subalternos, Lin!

—Mucho me temo, Baby, que su sentido del humor no está dentro de mi… línea mental. Sin embargo, obviamente, comprendo que toda su actitud no es más que fanfarronería, o quizá, un pueril intento de hacernos… perder la cabeza para que la matemos; simplemente, y evitarse así tener que rebajarse a decirnos todo lo que queremos saber.

Baby miraba atónita al chino.

—¿Está loco? —exclamó por fin—. ¡Yo no soy de esa clase de espías suicidas, Lin Chu! Ya le dije…

—… Que mientras, tenga vida tendrá esperanzas. Está bien. Vamos a hablar en serio entonces. Usted no ignora…

—Si vamos a hablar en serio, creo que convendría, en primer lugar, aclarar cierto detalle que me tiene muy molesta.

—¿Sí? ¿Cuál detalle?

—Este cinturón blanco que ustedes me han dejado para sujetar las ropas que me han facilitado. El cinturón blanco lo llevan únicamente los más inferiores alumnos de judo, Lin Chu.

—Cierto. Lo llevan los principiantes. ¿Y bien?

—Yo soy «San Dan»: Tercer Dan de judo. Por tanto, exijo un cinturón negro con las tres rayas que indiquen mi grado.

Sin fingimiento alguno, Lin Chu contemplaba atónito a la espía internacional. De pronto, un destello pasó por sus pequeños ojos negrísimos… Se volvió hacia uno de los chinos, dijo algo, y el hombre salió de aquel cuarto.

El silencio fue completo, entonces. Lin Chu se dedicó a remover los pequeños restos del maletín y su contenido, buscando de nuevo algo pequeño. Incluso había desarmado la pistola de cachas de madreperla, y había arrancado las pequeñas balas de los cartuchos.

No quedaba allí absolutamente nada por examinar. A menos que lo que buscase fuese tan pequeño, tan pequeño, que incluso pudiese estar mezclado con la pólvora de las balas. Un micropunto, por ejemplo… Pero, en el montoncito de pólvora, la aguda mirada de Lin Chu no distinguió semejante producto del espionaje…

Por fin, el chino regresó, llevando una ancha tira de tela negra, larga, que, a una seña de Lin Chu, entregó a Baby. Ésta se quitó el cordón blanco y se puso la tira de tela negra, anudándola correctamente ante su vientre, después de darle la doble vuelta por su cintura.

—Esto está mejor —dijo la espía.

—Me complace su aprobación. ¿Podemos seguir?

—Sí, sí, cuando guste.

—Bien. Ya hemos dicho que su contacto será identificado en el muelle de Macao, y traído aquí. Insistiré sobre el otro punto: ¿dónde está lo que usted traía para ese hombre?

—En el mar.

La mirada de Lin Chu era como un rayo negro, congelado. Suspiró profundamente, y preguntó:

—¿Conoce usted la historia del judo, Baby?

—Desde luego. Incluso tengo en casa una biografía del Gran Maestro.

—¿Se refiere a Jigoro Kano?

—Naturalmente.

—Ya. Espero que en esa biografía consten los detalles auténticos del… nacimiento y desarrollo del judo. Para resumir la explicación, diremos que Jigoro Kano, ese… notable japonés, no inventó realmente nada. Todo lo que hizo fue reunir una serie de presas y golpes, estrangulaciones y luxaciones, formando con ello un sistema de lucha… deportiva, y noble, que tendía, yo diría que básicamente, a formar tanto el cuerpo como la mente, dotando a ésta de inteligencia, comprensión, bondad y tolerancia hacia sus semejantes. En realidad, el judo es casi una doctrina bondadosa y noble más que una lucha… agresiva. ¿Está de acuerdo?

—Su explicación me parece aceptable.

—Gracias. Y ahora: ¿sabe usted de dónde extrajo Jigoro Kano las… bases para las presas del judo?

—De varios sistemas de lucha, pero desechando lo más peligroso

de cada uno de esos sistemas, que estaba reservado para los que habían comprendido lo que significaba realmente la palabra judo. «Ju», suavidad, flexibilidad, amabilidad. «Do», el camino correcto para ser siempre mejor, por medio de esas cualidades… De todos modos, la fuente básica del judo fue el *jiu-jitsu*.

—Exacto. ¿Y sabe usted, dónde tuvo su máximo desarrollo y prácticamente su nacimiento, el *jiu-jitsu*?

—En China.

—¿Sabe usted que está en China ahora, Baby?

—Creí que estaba en Macao.

—Macao es de China. Macao es China. Y yo soy chino.

—Eso es difícil de dudar —sonrió Baby.

—¿Insiste en no contestar correctamente a mi pregunta?

—Ya la he contestado.

Lin Chu estuvo mirándola atentamente, como valorándola, durante unos segundos. Por fin, muy despacio, se puso en pie, sonriendo siniestramente.

—Muy bien —susurró—. Va a tener usted que demostrarme que es San Dan de judo. Va a tener que demostrarme qué es lo que el judo aprendió del *jiu-jitsu*. ¿Está lista?

Un helado escalofrío de auténtico miedo recorrió el cuerpo de la espía internacional al ver aquella mole amarilla ante ella, con las manos tendidas hacia delante, fijos sus ojos en los de ella. De pronto, su boca pareció seca, su cuerpo agarrotado, su sangre fría, sus músculos sin fuerza…

Pero alzó también sus manos abiertas, listas a hacer presa en las ropas o cualquier parte del cuerpo de Lin Chu.

—Estoy lista —sonó su voz quebrada.

Lin Chu se adelantó de pronto, con una agilidad sorprendente en un hombre de su peso. Su pie derecho salió proyectado con la velocidad de una bala, y la parte saliente anterior de la planta del pie, en un perfecto golpe no demasiado fuerte, acertó a Baby entre los senos, hacia la garganta, derribándola de espaldas como alcanzada por un rayo. La espía rodó hacia atrás, se puso en pie, y sus ojos, desorbitados, volvieron a la vigilancia del terrible adversario, que sonrió.

—Ha sido un suave *ashi-no-ura-te* —dijo Lin Chu—. Espero que habrá comprendido que he podido matarla ahora mismo.

¿Seguimos?

Baby alzó las manos, y Lin Chu tuvo que comprender. Se acercó a ella, alzó la rodilla derecha…, y su mano de este lado salió disparada, plana, con el pulgar escondido en la palma colocada hacia arriba, de modo que el canto de este lado de la mano, dio a Baby en el hígado, con la trayectoria y casi los efectos de un sablazo. La espía lanzó un alarido, y quedó como petrificada, lívida, los ojos casi fuera de las órbitas.

—Ura-shuto —explicó Lin Chu—. ¿Suficiente?

Baby volvió a alzar las manos. Y por los ojos de Lin Chu pasó un ramalazo de admiración. Pero el espionaje es el espionaje, y el chino volvió a avanzar. Se colocó de lado de pronto y lanzó el *ashi-no-ko,* con el lado interno del pie…, que encontró el vacío…, por el momento. En seguida, una pequeña mano aristocrática, suavísima, pero convertida entonces en garra de acero, asió la pierna alzada de Lin Chu, por debajo de la rodilla. La otra mano se apoyó en la cara del chino… Y, sostenida sólo sobre su pierna izquierda, Baby introdujo la derecha por detrás de la que Lin Chu apoyaba en el suelo, la segó en un movimiento atrayente siempre sosteniendo en alto la otra pierna del chino, y, al mismo tiempo, empujó a éste por la cara hacia atrás… Las dos piernas de Lin Chu se alzaron, el torso fue hacia atrás… Baby le soltó completamente entonces y Lin Chu cayó con tremendo chasquido de cabeza y espalda.

Rebotó, se puso de rodillas con la velocidad de una fiera y sus ojos parecieron querer perforar a la espía yanqui.

—Variante ocasional de *ouchi-gari* —explicó ésta, jadeando.

Lin Chu se puso en pie y se lanzó a la carga, alzando el puño derecho, listo para descargar el poco elegante, pero demoledor tsutehi-pen, o puñetazo-martillo. Su enorme puño descendió en ligera diagonal hacia delante, abarcando la trayectoria que podía seguir Baby en su intento de esquiva.

Fue al revés. No hubo esquiva, sino que la espía se acercó tanto a Lin Chu que el puñetazo pasó por encima de su destino, con la fuerza suficiente para que Chu se abalanzase hacia delante, ligeramente perdido el equilibrio… hacia los hombros de Baby, que los incrustó en el abdomen del chino y se alzó, balanceándose en la trayectoria que seguía su adversario. Lin Chu describió una vuelta completa en el aire y, desde una altura de casi dos metros, cayó

nuevamente de espaldas en el piso. Y desde el suelo, se quedó mirando a la espía americana, que explicó:

—*Kata Gurwna.*

Lin Chu se puso en pie, sacudió la cabeza, y miró con muchísima más atención a aquella adversaria que, comparada con él, era poco menos que diminuta.

A partir de ese momento, en que Lin Chu comprendió que la agente Baby no había fanfarroneado al exigir su cinturón negro, y que había empleado muchísimas veces sus conocimientos en algo más que en deportivas luchas de sala, la cosa cambió.

Fue una especie de masacre.

Cierto que Lin Chu recibió golpes de toda clase, y voló todavía no menos de tres veces para caer de espaldas o de cabeza, pero finalmente, dos minutos más tarde, era él quien quedaba en pie, jadeante. Tenía partidos los labios y rotos dos dedos de la mano derecha.

Pero, tendida en el suelo, cara al techo, con los brazos y las piernas extendidos, la agente Baby parecía muerta, casi cerrado un ojo, una enorme mancha ya azulada en la mandíbula y el rostro lleno de la sangre que brotaba de su nariz.

Ting Pao y los otros tres chinos la contemplaban ahora sin poder retener en sus rostros la impasibilidad. Había en los orientales rostros una expresión de perplejidad, de asombro. Cualquiera de ellos sabía que no habría podido resistir a Lin Chu ni siquiera diez segundos.

—Traedme una venda y dos cañas de bambú delgadas —jadeó Lin Chu.

Fue obedecido prestamente y, sin ayuda de nadie, se colocó las cañas de bambú en la palma de la mano, paralelas a los dos dedos rotos vendándolos luego todo fuertemente, dirigiendo frecuentes miradas a «aquella mujer».

—¿Qué hacemos con ella? —musitó Ting Pao.

—Purgadla.

—¿Cómo?

—Purgadla. Y si eso no da resultado, mañana seguiré con ella… sin contemplaciones. Traed aceite y sake.

Unos minutos más tarde, la desvanecida Baby comenzaba a tragar lentamente aceite, sake… y su propia sangre, que seguía

brotando de la nariz. Por fin, Lin Chu consideró que la purga era ya suficiente. Entonces la alzó en brazos, y la sacó al patio. Se acercó al estanque, y tiró dentro a la espía más peligrosa del mundo, que cayó como un plomo, como un peso muerto, y se sumergió… Estuvo así varios segundos, y, de pronto, se incorporó, ahogándose, estremeciéndose con violencia terrible. Se puso en pie, se tambaleó y volvió a caer de bruces al agua. Siempre tambaleándose, volvió a ponerse en pié, y se agarró al pez de piedra que había en el centro del estanque, lanzando un chorrito de agua por la boca. Quedó abrazada allí, pegada su mejilla a la piedra, desencajado el rostro, abierta la boca, desorbitados los ojos, ante los cuales apareció Lin Chu, provocando en el rostro de Baby una expresión de auténtico terror.

—Usted no es de carne —musitó el chino—, sino de acero… Pero hasta el acero puede ser vencido. De todos modos, mi admiración. Lleváosla y quedaos con ella hasta que haga efecto la purga.

Los tres chinos se llevaron de allí, casi a rastras a Baby, pues la espía no podía sostenerse en pie, aunque, por fortuna, parecía que no tenia ningún hueso roto.

Ting Pao se acercó a él y Lin Chu murmuró:

—Lamento haberles dado este susto a mis peces: no se lo merecían.

—¿Quieres… quieres que vaya a Macao a dirigir la operación de cerco para el contacto de ella?

—No. Quédate aquí. Los hombres que dejamos en Macao saben muy bien lo que tienen que hacer.

—Y… ¿qué hacemos nosotros, mientras tanto?

—Esperaremos a que la purga le haga efecto a la americana.

Capítulo VI

Apenas media hora más tarde, uno de los chinos apareció, excitadísimo, mostrando algo a Lin Chu en la palma de su mano. El horripilante gigante chino tomó aquel pequeño objeto sucio, fue al estanque y lo limpió. Luego regresó a su esterilla y estuvo unos segundos dándole vueltas entre sus dedos. Por fin, apretó por el centro y la cápsula se partió en dos, dejando escapar un microfilme, que se desenrolló rápidamente, como una diminuta víbora negra.

—Lo tenemos —jadeó Ting Pao—. ¡Lo tenemos!

—Vamos al laboratorio.

Fueron a la otra parte de la casa y se encerraron en el pequeño cuarto provisto de instrumentos ópticos y fotográficos. Lin Chu recurrió a un pequeño proyector, en el cual introdujo el microfilme, proyectándolo luego en una pantalla lo bastante ampliado para que pudiesen leer el informe redactado en inglés y en chino.

Tan sólo ocho o diez segundos después de empezar la lectura, Ting Pao lanzó una exclamación, casi un alarido.

—¡Lin! ¡Los rusos…!

—Cállate.

—¡Pero los rusos…!

—¡Cállate!

Cuando terminaron de leer todo el informe, Lin Chu estaba impávido. En cambio, la frente de Ting Pao estaba empapada en sudor y también sus manos, que tuvo que ir secándose frecuentemente en las ropas.

—Muy amistoso el gesto de los americanos —musitó Lin Chu.

—Hay que avisar… ¡Hay que llamar a Pekín inmediatamente!

—Tranquilízate.

—¿Que me tranquilice? —aulló Ting Pao—. ¡Los rusos tienen a cincuenta hombres preparando el sabotaje de las instalaciones atómicas de Lop Nor! ¡Los rusos…!

—Sé lo que están preparando los rusos:... Y sé lo que pretenden los americanos. Sí... Es un gesto en verdad amistoso hacia China, Ting. ¿Te das cuenta? La agente Baby no podía haber sido enviada aquí por una tontería. Nada menos que ha traído instrucciones para que un grupo de colaboradores de la CIA en China impida ese sabotaje de los rusos en Lop Nor.

—¿Qué estás tratando de decir?

—Estoy tratando de decirte que no lo hacen sólo por China. ¿Lo entiendes? A los americanos no les interesan más conflictos en Asia, y menos de la envergadura de éste. Si han arriesgado a Baby, si están dispuestos a arriesgar buen número de colaboradores chinos, no lo hacen sólo por China.

—Lin... Es cierto, es cierto... Pero lo han hecho, ¿no? ¡Eso es lo que importa! Escucha, aunque sea por conveniencia americana, el hecho es que estaban dispuestos a evitar un gran perjuicio a China, y conflictos entre China y Rusia. ¡Eso es lo que importa! Ahora, hay que avisar inmediatamente a Pekín, y allá harán lo que proceda... Conocemos el plan de los rusos y el medio de localizar a esos cincuenta hombres, sean chinos o rusos... Avisemos a Pekín.

—Sí —asintió Lin Chu—. Hay que hacerlo. Y con urgencia. No será necesaria la intervención de la CIA para evitar ese sabotaje. Nosotros, los chinos, nos ocuparemos de todo... Los de Pekín se ocuparán de todo: machacarán a esos cincuenta hombres que están esperando en Doral el momento de llevar a cabo su sabotaje.

—Llamemos a Pekín —insistió Tin Pao—. Desde allá darán instrucciones a Lop Nor. Y los de Lop Nor se encargarán de esos cincuenta hombres pagados por Rusia. Será cuestión de horas, simplemente... ¡Los de Lop Nor los machacarán; como tú has dicho!

—Es una puerca jugada rusa, ¿verdad?

—¿Puerca? —estalló Ting Pao—. ¡Es la mayor asquerosidad que podían cometer! Deben..., deben querer debilitar nuestro poderío atómico, Lin... ¡Eso es lo que quieren!

—Y no creo que sea en pro de la paz, ¿verdad? —sonrió fríamente Lin Chu—. ¿Qué pueden estar tramando? ¿Una invasión por el Norte? ¿Amenazarnos con su mayor poderío atómico? ¿Engullir otra vez a China después de debilitarla en su poder defensivo y ofensivo?

—Deja que esas cosas las piensen en Pekín, Lin Chu. Eso no es

cuenta nuestra. Lo nuestro es informar del contenido de este microfilme.

—Tienes razón… Sólo espero que después de esto, China no quiera saber nada más con Rusia. ¡Los muy cerdos! ¡Cerdos, cerdos! Si no hubiese sido por los americanos… nos habríamos quedado sin las instalaciones de Lop Nor. Y además…

—Lin, no es eso lo nuestro… ¡No es eso! ¡Hay que llamar! ¡Y ahora! Iré a buscar a Tsui…

—No. Llamaremos nosotros mismos, Ting. Hablaremos tú y yo. Los dos. Conviene que en Pekín sepan que aquí, en Macao, tienen… postergados a dos hombres que valen mucho más de lo que siempre han pensado.

—Sí —brillaron los ojos de Ting Pao—. ¡Sí, tienes razón! Es nuestra oportunidad… ¡Nuestra gran oportunidad! Después de esto, seremos llamados a Pekín, nos colmarán de honores… ¡Vamos a llamar!

Veinte minutos más tarde, la información íntegra había pasado a Pekín, donde, sin duda alguna, el estupor primero y la indignación inmediatamente, debían haber cundido. La comunicación finalizó con elogios para los camaradas Ting Pao y Lin Chu, y con la aseveración de que, inmediatamente, se pasarían órdenes oportunas a Doral y Lop Nor para que la máquina de represalias se pusiera inmediatamente en marcha. En cuanto a la capturada agente Baby, las instrucciones no pudieron ser más claras y precisas: retenerla con vida a la espera de instrucciones definitivas.

—Deberíamos dejarla marchar —musitó Ting Pao.

Lin Chu, que acababa de cortar la transmisión con expresión satisfechísima, lo miró vivamente.

—¿A quién?

—A Baby.

—¿Qué dices? Ting, ¿estás loco?

—Opino que se lo merece.

Los ojos de Lin Chu parecieron convertirse en hielo negro.

—Ten mucho cuidado con lo que dices, Ting. Esa mujer lleva años desbaratando planes de China, es una enemigo declarada nuestra.

—Ya no, Lin. Ya no. Atiende: Estados Unidos ha tenido un gran gesto de amistad para China, ¿no es así? ¡Ya sé, ya sé que a ellos

también les convenía evitar ese sabotaje, y sus consecuencias internacionales! Lo sé muy bien… Pero ¿tienes alguna duda de que su gesto ha sido amistoso?

—No. Eso es cierto, pero…

—Un buen gesto amistoso por nuestra parte para corresponder, sería devolverles a Baby.

—Estás loco —farfulló Lin Chu.

—Ella está aquí, destrozada a golpes, porque ha llevado a cabo una misión que favorecía a China, no a Estados Unidos. ¿Crees que alguno de nosotros habría hecho lo mismo? Entiéndelo, Lin: ella ha venido a China para beneficiar a China. Posiblemente, estaba dispuesta a formar parte de ese grupo de americanos y colaboradores chinos que están esperando instrucciones para desbaratar los planes rusos sobre las instalaciones atómicas de Lop Nor… Ella se ha jugado la vida por China. ¿La va a matar China?

—Ting no abuses de nuestra… amistad. Haré ver que no he oído tus palabras. Olvidémoslo. Sí… Vamos a olvidarlo como si hubieses estado… bromeando. Eso ha sido: una broma, ¿verdad, Ting?

—No.

—Piénsalo bien: esa mujer es una enemiga nuestra desde hace años. Nos han ordenado que la retengamos con vida. Y si quieres saber otro pequeño detalle más, te diré que nosotros, por entregarla, vamos a cobrar la recompensa de…

—El dinero no es nada a veces para nosotros, Lin.

—¡El dinero no es nada! ¡Estamos hablando de cinco millones de dólares! No estoy dispuesto a escucharte más, Ting. Y si sigues hablando, ya no consideraré tus palabras como una broma… ¿Está claro?

—Sí.

—De acuerdo. Vamos a dormir unas horas.

—¿Aviso a los del muelle para que se retiren?

—¿Que se retiren? ¿Por qué?

—¿Qué hacen ya allí? Sabemos todo lo que podía interesarnos saber, el asunto está prácticamente solucionado…

—Todavía no. Tengo lo que Baby traía para entregar, pero no tengo al hombre que debía recibir ese microfilme.

—¿Para qué lo quieres? Es obvio que sin el microfilme que contiene las instrucciones, no podrá hacer nada; ni él, ni sus

colaboradores. Nosotros tenemos el microfilme y a Baby. Que ese hombre vaya al infierno por su cuenta.

—Ese hombre, Ting, tiene que ser un importante agente de la CIA. Y yo quiero capturarlo. Ahora, voy a darte un buen consejo, el último: controla mejor tus ideas y tus palabras. No quisiera tener que exponerlas en Pekín cuando nos llamen allí. Cosa que quizá ocurra mañana mismo…

Capítulo VII

Con el sol, las cosas suelen verse con menos desesperanza, pero, al menos en aquella ocasión, no le sucedió esto a la agente Baby, que yacía tendida en la esterilla, inmóvil, cara al techo, con los ojos abiertos. Estaba sola en el cuarto, pero sabía que fuera, en el pasillo y en el jardín, los chinos vigilaban muy atentamente.

Desarmada, dolorida, desilusionada, el rayo de rojo sol naciente no alegró su espíritu como le había sucedido hasta entonces. Por primera vez en su vida, la habían vencido. En el mundo había muy pocos hombres que pudieran conseguirlo, y, de éstos, la mayoría eran amigos suyos: Fantasma del MI5 inglés; Diamond, el negro que años atrás le había enseñado algo de capoeira; quizá Alexandria, el veterano y ya retirado espía alemán. Hasta quizá, posiblemente, Clarence Hadaway del FBI… Y naturalmente, Número Uno. Sí… Las cosas le habrían ido de modo muy diferente a Lin Chu con Número Uno. Muy diferentes… Uno le habría roto todos los huesos, le habría aplastado, le habría machacado…

—Uno —temblaron los labios magullados de la espía—. Uno, mi amor…

Se sentó, lentamente, conteniendo los gemidos de dolor, y miró hacia la puerta y hacia la ventana… Tenía que salir de allí. Como fuese, ella tenía que salir de allí, volver… Siempre había vuelto. Y Número Uno siempre, siempre, la había esperado. No podía defraudarle tampoco esta vez. Sabía que si ella no volvía, Número Uno perdería todo interés por la vida. Sólo confiaba en ella, sólo la amaba a ella, sólo vivía por y para ella… Si ella no volvía, Número Uno se convertiría en una sombra, en un ser del cual nadie podría esperar nada bueno, en una fiera solitaria y sombría, cruel, siempre dispuesta a lanzar zarpazos contra todo y contra todos. Si Número Uno perdía a Baby, lo habría perdido todo.

—Voy a volver —jadeó—. ¡Voy a volver!

Pero si lo conseguía, también por primera vez en su vida, volvería fracasada. Absolutamente fracasada. Le habían quitado el microfilme, que quizá estaba ya camino de Pekín. Y eso implicaba que no había podido cumplir su misión de entregarlo al hombre de los «almendros», y que, además, los chinos ya sabían lo que estaban tramando los rusos, cosa que ella había tenido que evitar. Había fracasado en todo: le habían quitado el microfilme; los chinos, fatalmente, se habían enterado de los planes rusos, cosa que traería no pocos problemas, aunque no tan graves como si los rusos hubiesen conseguido ya llevar a cabo el sabotaje; y finalmente no había acudido a la cita en alta mar con el hombre de los «almendros», el cual, si volvía a Macao, caería en manos de los hombres de Lin Chu…

Si esto no era fracasar absolutamente, ninguna otra cosa podría ser llamada fracaso.

Pero, al menos, volver… Volver. Volver. Volver.

Con gran cuidado, se puso en pie, notando en sus músculos, en su carne, los dolorosos tirones. Dio unos pasos y se sorprendió alegremente al comprobar que no estaba tan mal como pensaba. Quizá Lin Chu tenía razón y ella era de acero…

Al pensar en Lin Chu se estremeció violentamente, presa de un pánico sólo superado por el odio que sentía hacia el horrendo chino gigantesco de las cicatrices. Desde luego, aunque fue lo último que hiciese en su vida, lo iba a matar. Tenía que matar a Lin Chu, o jamás podría reposar.

Comenzó a realizar unos suavísimos movimientos gimnásticos con gran cautela. A medida que el cuerpo se iba calentando, el dolor iba cediendo considerablemente. Se palpó las manos, los pies, la cabeza, las costillas, las rodillas… Asombroso. Estaba entera, sin fractura alguna de huesos. Eso sí: tenía un ojo cerrado hinchado y también la nariz, que le dolía como nunca. Y al tocarse el mentón casi lanzó un grito de dolor, sólo por rozar sus dedos la carne tumefacta, amoratada. También tenía roto por dentro el labio inferior.

«Me alegro de que aquí no haya ningún espejo», pensó.

Se acercó a la ventana y echó un vistazo fuera por entre los bambúes. Era un hermoso patio pero se estremeció al ver el estanque con su pez de piedra en el centro lanzando su eterno

chorrito de agua por la boca. Unos pajarillos piaban en unos almendros sin flor, gozando de la fresca paz del amanecer.

Almendros… ¿Qué habría sido del hombre de los almendros? Desde luego, si no lo habían atrapado, tenía la obligación de ayudarla, de buscarla como fuese, de intentarlo todo con tal de sacarla de allí. Y si lo habían atrapado…, pues no tardaría mucho en hacerle compañía. Aunque… tenía que conservar la esperanza. Siempre, siempre, debe arder la esperanza en el pecho del espía.

Cerca del estanque, a la izquierda, vio a un chino sentado ante un grupo de hermosas cañas de bambú y mirándola fijamente, inexpresivamente… Pistola en mano, desde luego. Se asomó para mirar a la derecha y vio a otro. Y, por supuesto, ante la puerta debía haber por lo menos otro. Los tres que había visto la noche pasada. ¿Sólo tres? ¿Lin Chu disponía solamente de tres hombres… y del apuesto Ting Pao? Eso en la casa, naturalmente: en Macao debía disponer de muchos más.

Pero cinco hombres en la casa armados y vigilantes como fieras al acecho, eran suficientes para enfriar los ánimos de cualquiera. Así que Baby volvió a tumbarse en la esterilla, cerró los ojos y comenzó a forjar y rechazar sucesivamente toda una serie de proyectos sorpresivos de ataque contra aquellos cinco hombres…

Cuando volvió a abrir los ojos, tuvo un gesto de sobresalto, al ver inclinado sobre su rostro el de Ting Pao, mirándola con una fijeza y una impenetrabilidad inquietante. Pero en cuanto ella lo vio, Ting Pao sonrió casi amablemente.

—Se ha vuelto a dormir un par de horas —dijo—. Mis hombres me dijeron que había estado usted fisgando por la ventana del patio poco después de amanecer.

Baby se sentó.

—¿Sus hombres? —murmuró—. Creí que eran los hombres de Lin Chu.

—Cierto. Pero yo soy su ayudante. En ausencia de Lin Chu, yo mandaría el grupo.

—¿Se ha ausentado Lin Chu? —preguntó la espía, esperanzada.

—No. Le traigo una buena noticia y una mala noticia. ¿Cuál quiere primero?

—La buena. Así tendré más fuerzas para recibir la mala.

—Juiciosa actitud. La buena noticia es que le he traído algo para

comer. ¿Tiene apetito?

—Sí.

—Bien —Ting Pao se apartó, dejando ver la bandeja a su lado, en el suelo—: He procurado en lo posible adaptarme al sistema de comidas americano. ¿Le parece bien medio pollo y carne de cerdo?

—Me parece espléndido.

Ting Pao colocó la bandeja entre ambos, sentándose en el otro extremo de la esterilla, y estuvo contemplando a la espía americana mientras comía con auténtico apetito.

—Le he traído también —dijo de pronto, sacando una botellita— un viejo remedio chino para los hematomas producidos por golpes, de manifestación externa. Si se lo va aplicando cada dos horas, en un par de días su ojo estará bien, y habrán desaparecido las huellas de los golpes.

—Es usted muy amable… ¿Cuál es la mala noticia?

—Mis amigos no han conseguido identificar y por tanto capturar a la persona que tenía que entrar en contacto con usted en el embarcadero de Macao.

—Seguramente, será porque no era allí donde teníamos que vernos, sino en alta mar.

—Ah.

—De todos modos, no creo que ésa sea una mala noticia para mí.

—Sí… Sí lo es, sí. Los siete hombres que estaban vigilando en los muelles han regresado de vacío, después de toda una noche perdida… Y eso ha disgustado mucho a Lin Chu. De modo que cuando la interrogue acerca del paradero de ese hombre, se mostrará muy… desagradable.

—Entiendo —se estremeció Baby—. Pero no conseguirá nada interrogándome, pues, después de la cita fallida con mi contacto, no tengo la menor idea de dónde puede estar él ahora.

—Bien… Yo casi la creo, señorita Flower, pero me temo que Lin Chu no la creerá. ¿Le gusta el pollo?

—Lo suficiente. Las ciruelas del relleno están muy buenas pero no debieron, además, añadirle azúcar.

—Oh… Sí, es cierto. Espero que me perdone.

Baby contemplaba con curiosidad al bello chino, que parecía el más amable de los anfitriones. Actitud que contrastaba

notablemente con el concepto que se había formado de él al conocerlo, tan furibundo y decidido a tomar decisiones drásticas.

—¿No está siendo usted demasiado amable conmigo, Ting Pao?

—¿Eso piensa?

—Eso pienso. Y no sé si alegrarme o ponerme en guardia.

—Oh, vamos —rió Pao, cordialmente—. En su situación, todo lo que puede hacer es afrontar con inteligencia los acontecimientos. De nada le servirá ponerse en guardia, pues nada podría contra nosotros. Por otra parte, mi amabilidad se debe exclusivamente a que usted me… me resulta… ¿cómo se dice…?

—Le caigo bien —sonrió Baby.

—Sí. Sí, eso es.

—Ya. ¿Y desde cuándo?

—Desde que supe a qué había venido usted a Macao Aunque interesado, el gesto de la CIA ha sido amistoso hacia China, y la labor de usted, arriesgándose para traer un microfilme con instrucciones para colaboradores de ustedes que debían evitar el sabotaje de Lop Nor, me parece admirable…

—Un simple trabajo de espionaje.

—Admirable modestia. Usted es una mujer… excepcional, ¿no es cierto?

Baby le miró casi divertida.

—Sí, lo soy —admitió—. ¿No podría tomar café?

—Desde luego.

Ting Pao batió palmas. La puerta del cuarto se abrió, y apareció un chino, siempre pistola en mano. Escuchó las monosilábicas palabras de Pao, y se marchó. Regresó después con una bandeja en la que había una sola taza y una cafetera de porcelana. El propio Pao sirvió el café a la espía americana, y luego le ofreció un cigarrillo, que ella aceptó alegremente.

—¿Sabe que le pedí a Lin Chu su libertad? —dijo de pronto Ting Pao.

Baby lo miró vivamente.

—¿De veras?

—Sí. Desde luego, fue un error por mi parte.

—Y muy grave, Ting.

Éste se pasó la lengua por los labios.

—Espero qué Lin, realmente, haya olvidado mi petición. Fui un

loco. No es posible dejarla marchar a usted, ¿comprende? No estoy solo aquí, los demás se habrían sorprendido mucho, y claro, habrían informado de mi incomprensible actitud a Pekín. Dejarla marchar a usted sería… poner mi cabeza bajo la guillotina.

—Sin duda. Pero ¿por qué tendría usted que dejarme marchar? Durante años, sólo he hecho que darle disgustos a su servicio secreto, a los planes de China en general… ¿Por qué tendría que dejarme marchar?

—Ya le he dicho que me cae bien. Esto empezó a ocurrir cuando le hizo frente a Lin Chu, y mi… respeto se completó cuando pudimos leer el contenido del microfilme. ¿Sabe que le rompió usted dos dedos a Lin Chu?

—¡Eso sí es una buena noticia! —exclamó Baby—. ¡Me alegro muchísimo!

—Debería preocuparse. Lin Chu es muy rencoroso. Ahora estamos esperando que desde Pekín nos informen de cómo han ido las cosas por Lop Nor. Luego, Lin Chu volverá a ocuparse de usted. A toda costa quiere saber quién es y dónde está el hombre que debía recoger el microfilme que usted traía. A fin de cuentas, ése hombre tiene que ser un importante agente americano, ¿no es cierto?

—Supongo que sí. Lógicamente, debe serlo, si tenía que encargarse de dirigir la acción en China.

—Claro. ¿Debo entender que usted no le conoce?

—No.

—¿No le mostraron ninguna foto de él, en Washington?

—No.

—Eso no parece factible, ¿verdad? Usted tenía que estar segura de a quién entregaba el microfilme.

—Él tenía que acercarse a mí. Por eso me puse el pañuelo en la cabeza, para que me identificase a mi llegada a Macao. Más adelante, a la comodidad de él, se habría acercado a pedirme el microfilme.

—¿Y usted se lo habría entregado, sin tener la seguridad de que era el hombre indicado?

—Claro.

—Vamos, vamos… Debía haber una contraseña entre ustedes, algo convenido… ¿no?

—No. De veras que no, —mintió con todo aplomo Baby; y de pronto, sonrió—. Es usted tremendamente hábil, Ting.

—¿Por qué dice eso?

—Porque me está interrogando con una astucia magnífica. ¿No es cierto?

—No le deseo a usted ningún mal, ahora que la conozco.

—Pero me está interrogando desde que hemos empezado a hablar. ¿Sí o no?

—Sí. Pero, evidentemente, usted no confía en nadie.

—¿Sugiere que he debido confiar en usted? —rió ella.

—Por supuesto, no —sonrió Pao—. Pero le habría ido mejor sincerarse conmigo que volver a tener una… entrevista con Lin Chu. ¿Está segura de que no tiene nada que decirme?

—Estoy segura de que no tengo nada que «quiera» decirle, Ting.

—Lo siento por usted. ¿Puedo servirla en algo más?

—Sí. Me gustaría que me permitiesen pasear por ese jardín tan hermoso.

Ting Pao se quedó mirándola atentamente. Por fin, movió la cabeza con gesto negativo.

—Lo siento: no.

—¿Por qué? Estoy desarmada, y le aseguro que no podría volar para saltar esas altas tapias.

—¿Alguna vez ha volado usted?

—¡Claro que no! Al menos, sin alas.

—Y, sin embargo, cada vez que alguno de los miembros de nuestro servicio secreto ha conseguido echarle las zarpas encima, usted se ha escapado. No, lo siento. Si quiere escapar, su primer paso deberá ser salir de este cuarto. Y si lo intenta, la matarán sin vacilaciones en el acto. Esas son las órdenes.

—¿Y no podría usted pedirle a él en mi nombre que me deje salir al jardín?

—¿Por qué tanta insistencia?

—Bueno… Es que me gustan los almendros, y ahí fuera he visto algunos… ¿Le gustan a usted los almendros, Ting?

—Por supuesto. Pero prefiero los cerezos.

Baby inclinó la cabeza, de nuevo desesperanzada. Además, había sido una idea absurda. Sin embargo, el hombre de los «almendros» debía estar en alguna parte… La idea de que posiblemente en

aquellos momentos estuviese rondando cerca de la casa de Lin Chu, con hombres suficientes para asaltarla, la reconfortó un poco.

Cuando alzó la cabeza, Ting Pao la estaba mirando fijamente, con una expresión indescifrable.

—¿Quiere algo más? —preguntó el chino.

—Me gustaría que me dejase aquí algunos cigarrillos…

—¿Y cerillas?

—Claro…

—¡No! Cada vez que usted quiera fumar, pídalo en voz alta. Y si me es posible, vendré a complacerla. Y ahora, me voy…, a menos que usted haya cambiado de opinión, y prefiera sincerarse conmigo a hacerlo con Lin Chu.

—Dígale a Lin Chu que no sé quién es el hombre que debía recoger mi microfilme. Y dígale también que no le tengo miedo. Añada que si vuelve a pelear conmigo como ayer, lo mataré.

Ting Pao parpadeó, impresionado.

—Se lo diré. ¿Quiere que le traigan agua para lavarse las manos?

—Lo agradecería infinito.

Ting Pao llamó de nuevo al chino del pasillo, y poco después, la espía internacional se lavaba las manos, limpiándose de la grasa del pollo. Después, siguiendo las indicaciones de Ting Pao, se aplicó el líquido de la botella sobre los hinchados párpados del ojo cerrado, y por el mentón. Se volvió a lavar las manos, y Ting Pao y el otro chino, finalmente, la dejaron sola de nuevo.

Sola con sus sombríos pensamientos.

Porque la esperanza, se había desvanecido casi completamente.

Capítulo VIII

Un par de horas más tarde, Ting Pao reapareció, acompañado de tres chinos armados, a los cuales no conocía la espía americana.

—Lin Chu la está esperando —dijo Pao.

De pie ante la ventana, Baby replicó:

—Dígale a Lin Chu que si quiere hablarme tendrá que venir él aquí. Y que sólo recibo los martes y los jueves, de cinco a siete.

Ting Pao quedó estupefacto, mientras uno de sus acompañantes, que sin duda conocía el inglés, pasaba la respuesta a sus compañeros, que sonrieron levemente, regocijados.

—Se lo diré —musitó Pao.

Volvieron a salir todos, silenciosamente.

Un par de minutos más tarde, Baby oía las pisadas en el pasillo. Las pisadas de un solo hombre. Unas pisadas fuertes, pesadas, macizas… La puerta se abrió, entraron dos chinos, y luego lo hizo Lin Chu. Esta vez, Baby ni siquiera se volvió: continuó mirando el bello jardín, simulando no haber oído nada.

Ni siquiera se volvió cuando las recias pisadas fueron acercándose a ella por detrás.

Lo cual fue un «pequeño» error.

Se sintió asida por los cabellos, y, antes de que consiguiese reaccionar, recibió un fortísimo tirón, que la alzó del suelo, y la tiró volando hacia el centro del cuarto, para caer con fortísimo batacazo. Rodó un par de veces, y se puso en pie de un salto, igual que una gata acosada.

Lin Chu, todavía con algunos rubios cabellos entre sus dedos, sonrió aviesamente, y dijo:

—Lin Chu solicita ser recibido por su honorable prisionera, y suplica humildemente ser escuchado.

Baby respiró profundamente, y miró a su alrededor. Eran cuatro los chinos que habían entrado, armados con pistolas silenciosas —

además de Ting Pao y Lin Chu— que la contemplaban desde la puerta, sonrientes. Una sonrisa que llevó un impacto de frío al corazón de la espía internacional. Y a pesar de eso, una luz indomable apareció en los ojos de Baby, que alzó la barbilla…

—No sea loca —susurró Ting Pao, junto a ella—. Su actitud carece por completo de inteligencia, Baby.

Esto era cierto. Estaba demasiado furiosa con todo lo sucedido, se sentía deprimida también… Pero Ting Pao tenía razón: ella se estaba comportando como si no fuese Baby.

—Audiencia concedida —dijo con voz temblorosa por la ira.

Fue a sentarse en un extremo de la esterilla. Luego, el piso retembló bajo las poderosas pisadas de Lin Chu, que fue a sentarse en el otro extremo, con las piernas cruzadas. Le hizo una seña a Ting Pao, y éste se adelantó presurosamente, ofreciéndole un cigarrillo, mientras musitaba una palabra en chino. Lin Chu asintió, y Ting Pao ofreció también a Brigitte, obteniendo el permiso.

—Hoy estamos de buen humor —dijo de pronto Lin Chu, expulsando fuertemente el humo—. Desde Pekín, nos han informado que el sabotaje ha sido evitado. Naturalmente, el servicio secreto chino no va a dar las gracias al servicio secreto americano, pero… en el corazón de todos los chinos, queda el agradecimiento por lo que la CIA intentó hacer en beneficio del nunca mejor llamado Celeste Imperio. Sin embargo, pese a todo nuestro grandioso agradecimiento hacia Estados Unidos en general, la CIA, en particular, y la agente Baby especialísimamente, ésta deberá ser conducida a Pekín, donde, en lugar, momento, y por personal adecuado, será… sometida a un… proceso de conversación del cual China espera obtener una información fabulosa sobre el funcionamiento en todos los órdenes de la CIA en todo el mundo. ¿Me he explicado?

—Aceptablemente —musitó Baby.

—Magnífico. Al anochecer, un helicóptero procedente de Cantón, llegará a mi jardín. El piloto tiene órdenes de recogernos a Ting Pao, usted y yo, para ser trasladados a Cantón, desde dónde en un avión especial, seremos llevados a Pekín. Allá, Ting Pao y este humilde servidor, seremos objeto de los más… refinados elogios, y, con toda seguridad, nuestros méritos serán… debidamente valorados para el futuro. Eso, sin contar con que recibiremos la

recompensa ofrecida por usted, y que, año tras año, ha ido aumentando, hasta alcanzar la convincente cifra de cinco millones de dólares. En cuanto a usted, salvo que recapacite y comprenda que debe preferir ser una invitada del espionaje chino, en lugar de una… enemiga a la que habrá que convencer por todos los medios, le auguro largos y dolorosos últimos días de vida. ¿También me he explicado con fortuna?

—Sí.

—Bien. Como ya habrá comprendido, por mi parte no necesito hacer más para ser considerado un héroe en Pekín. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Sin embargo —Lin Chu dio una chupada al cigarrillo, y sus ojos se entornaron—, yo no soy hombre que deja las cosas sin terminar. Nunca ha sido ésta mi norma de conducta, y ahora, a mi edad, con mi experiencia, y con los honores que me aguardan, no tengo porqué cambiar. Al contrario: debo remachar, consolidar, agrandar la óptima opinión que tienen de mí en Pekín en estos momentos. ¿No haría usted lo mismo en mi lugar, Baby?

—Nunca me han importado los… honores. En cuanto a la opinión que puedan tener de mí en la Central de la CIA, jamás me ha preocupado.

—Ah… Entonces, somos esencialmente distintos. Bien, cada cual con su personalidad, de acuerdo. La mía, como le he dicho, está formada de una… voluntad invencible de terminar lo que empiezo. Por lo tanto, marcharme de Macao sin haber conseguido atrapar al hombre que debía recoger su microfilme, me dejaría… muy mal sabor. Como ya conversaron usted y Ting sobre este asunto, quedó claro, con toda lógica, que ese hombre, ese… contacto de la CIA en Macao, tiene que ser un importantísimo, eficacísimo, valiosísimo agente de la CIA. Un hombre capaz de moverse por China, desplazar hombres y armas, radios e información de toda clase… Ese hombre, ese… agente de primer orden que labora en pro de la CIA y que no ha acudido esta noche a los muelles de Macao, tiene que venir a parar a mis manos. ¿Está claro?

—Ya le dije a Ting Pao que no sé quién es.

—Le suplico humildemente que reconsidere su respuesta: no quiero irme de Macao sin terminar este trabajo, como siempre he hecho.

—No sé quién es ese hombre.

—Tiene que saberlo. Obviamente, ese hombre debe tener una… jefatura de muchos agentes o colaboradores de la CIA en Macao, en Cantón, quizá incluso en Hong Kong… Vamos, vamos… ¡No se confiaría semejante misión a cualquiera, Baby! Tiene que ser un agente muy importante. Y usted, al llegar a Macao, tenía que disponer forzosamente de medios para identificarlo.

—No. No sé quién es, ni sé dónde encontrarlo, ni cómo identificarlo… Ya le dije a Ting Pao que era ese hombre quien debía acercarse a mí.

Lin Chu volvió a entornar los ojos, y quedó unos segundos pensativo.

—Hagamos un pacto —propuso—. Yo le voy a facilitar a usted una emisora tan poderosa, que podrá ponerse en contacto con ese hombre, dondequiera que se halle ahora y…

—¿Para qué querría yo ponerme en contacto con él?

—Para notificarle lo sucedido en Doral y Lop Nor. Estoy seguro de que ese agente se alegrará de saber que, de un modo u otro, se ha evitado que el grupo enviado por los rusos volasen las instalaciones atómicas. Incluso es posible que le gustase mucho conocer los detalles.

—¿Qué importan los detalles?

—Debería ser usted más… meticulosa, Baby. Siempre son importantes los detalles. Pero, en vista de que no parecen merecer su particular interés, los resumiré. Veamos… Desde Pekín se pasaron órdenes a Doral y Lop Nor, donde, inmediatamente, fueron movilizados quinientos hombres, que, utilizando la magnífica información contenida en el microfilme, se dirigieron al lugar donde los cincuenta colaboradores de los rusos tenían prácticamente a punto el material para el sabotaje. Pero, eso fue todo lo que pudieron encontrar esos quinientos hombres, pues los rusos y sus colaboradores, habían desaparecido…

—No me sorprende demasiado.

—¿No? ¿Por qué?

—Aquí, en Macao, murieron cuatro agentes de la MVD. Es muy posible que su desaparición, su silencio, originase una serie de rápidas investigaciones en cadena que llevase a los rusos a la conclusión de que algo podía ir mal en Lop Nor si insistían en sus

planes. Así que los hombres de Doral y Lop Nor fueron avisados, con el tiempo justo para escapar, dejando atrás todo el material.

—¿No le parece una actitud muy… comprometedora? Tenga en cuenta que muy buena parte del material es ruso, ha sido identificado inmediatamente. Por tanto, las mismas conclusiones expuestas por usted, han sido ya obtenidas en Pekín. Material ruso, dejado atrás en una fuga precipitada. Porque, claro, ya que no podían escapar con el material, era razonable por lo menos poner a salvo a los agentes rusos encargados de dirigir a operación de sabotaje…

—Sólo con ese material ruso, Pekín no podrá acusar a Moscú. Hay muchos medios de que cualquiera consiga material ruso.

—Cierto. Pekín no va a acusar a Moscú, pues han comprendido lo mismo que usted. Pero, Pekín sabe lo que Moscú ha intentado, y… lo tendrán muy en cuenta en las relaciones Rusia-China. Muy en cuenta. Del mismo modo que tendrán muy en cuenta el amistoso gesto de paz de los Estados Unidos al movilizar a la CIA para este asunto. Pese a todo esto, nuestros respectivos espionajes, continuarán vigentes en ambos países, ¿no es cierto?

—Naturalmente.

—Naturalmente —repitió Lin Chu—. Por lo tanto, yo insisto en que quiero atrapar a ese importante agente de la CIA en Macao.

—Le repito que no sé quién es ni dónde está.

—Volvamos a lo de la radio. Usted llama, informa de lo sucedido en Lop Nor y Doral, y nosotros sólo disponemos del tiempo que dure su comunicación para intentar localizar la emisora receptora. ¿Está de acuerdo?

—No.

—¿Acaso desconoce usted la onda de Macao?

—Conozco la onda de Macao perfectamente.

—¿Entonces…?

—Entonces, queda bien claro que no pienso ayudarle a usted en nada, Lin Chu. Aunque me haga pedazos, yo no meteré en ninguna trampa a ese hombre.

—Vamos, vamos… Piense que incluso puede ser solamente un chino; no tiene que ser forzosamente americano.

—Sea chino o esquimal, ese hombre trabaja para la CIA. Es un compañero mío. Mi respuesta va a ser NO en todo momento.

De nuevo quedó Lin Chu unos segundos pensativo, antes de preguntar:

—¿Alguna vez le han arrancado a usted las uñas de cuajo?

—No.

—¿Alguna vez le han introducido pequeñas cañas de bambú en sus oídos? Cañas ardiendo, se entiende.

—No.

—Espléndido —sonrió Lin Chu, poniéndose en pie—. No me gustaría repetir lo que ya hicieron otros. Como todavía no es mi hora de comer, pasaré el tiempo con esas pequeñas distracciones. ¿No cambia de opinión?

—No.

Lin Chu asintió con la cabeza, y se volvió a sus hombres, murmurando unas palabras. Los cuatro chinos se acercaron a Baby, tres de ellos todavía con la pistola en la mano, y el otro sacando un rollo de fina cuerda de nylon. Baby se puso en pie, comprendiendo lo que querían hacer. La iban a atar, a fin de que no pudiera… «molestar» a Lin Chu mientras éste le aplicaba las torturas que había mencionado…

Los ojos de la espía giraron hacia Lin Chu, enorme ante ella, mirándola inexpresivamente.

—Ya le dije a Ting Pao —susurró la espía—, que si volvías a molestarme te mataría…

Saltó hacia Lin Chu, metiendo la mano derecha bajo la chaquetilla de su indumentaria. La mano reapareció en seguida, sosteniendo un objeto brillante, mientras Baby caía sobre el desprevenido Lin Chu, asestándole un fortísimo golpe con aquel objeto en el cuello, directo a la garganta.

Lo único que pudo hacer Lin Chu fue ladearse, de modo que el golpe, en lugar de acertarle bajo la barbilla, lo hizo en un lado del cuello muy cerca del hombro. El gigantesco chino lanzó un grito de dolor, retrocedió más, frenéticamente, y cayó de espaldas, sangrando ya abundantemente…, y llevándose encima a Baby, que cayó a horcajadas sobre el colosal pecho, alzó de nuevo la mano, y lanzó otro golpe, que Lin Chu paró con un brazo… Del cual, en el acto, brotó un chorro de sangre.

Rugiendo de dolor, Lin Chu movió el otro brazo, golpeando a Baby en pleno pecho, arrancándola de encima suyo, y tirándola de

espaldas junto a sus pies…, para que los cuatro chinos cayeron sobre ella a la vez, sujetándola, y aprovechando su leve aturdimiento para atarle pies y manos apresuradamente, con la fina cuerda transparente, mientras Lin Chu se ponía en pie, contemplando la sangre que brotaba de su brazo, y llevándose luego una mano a la herida del cuello.

Ting Pao, cuyo color amarillento había dejado paso a un blanco casi perfecto, lo contemplaba con expresión desorbitada, inmóvil como si fuese de piedra… o de hielo. Pero, de momento, Lin Chu no le hizo caso. Limpiándose la sangre de sus manos en la ropa, se acercó a la espía, y se acuchilló junto a ella, mirándola fijamente. Por completo inmovilizada, Baby sostuvo aquella negra mirada, sin pestañear… Solamente se oía en aquel cuarto el jadeo de la espía internacional, la espía más peligrosa del mundo. Y en sus ojos, de nuevo aquella luz indomable, aquel destello que Lin Chu tenía que comprender que sólo la muerte podría apagar.

La mirada entre ambos fue larga, dura, terrible. Por fin, Lin Chu la desvió, hacia el suelo, hacia el objeto brillante con el que Baby había intentado matarlo.

Lo recogió y se quedó mirándolo, perplejo. Era la parte superior de una botellita de cristal, rota adecuadamente, de modo que varias agudas puntas, ahora, manchadas de sangre, formaban un improvisado puñal de varias hojas, que, manejado por aquella experta mano, podía haberle ocasionado la muerte, sin duda alguna.

Lin Chu alzó el resto de la botellita y la olió.

Luego, sí.

Luego, su mirada fue, lentamente, hacia Ting Pao, que continuaba inmóvil, con el color de la muerte en su rostro.

Lin Chu se acercó a él, y colocó la mano abierta ante los ojos de Ting Pao, mostrando el trozo de botellita.

—¿Sabes qué es esto? —musitó.

Ting Pao tragó saliva.

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí.

—Bien. ¿Se te ocurre alguna explicación respecto a cómo ha podido llegar a manos de ella esta botellita?

—Sí.

—¿Conoces la explicación?

—Sí.

—Estoy esperando oírla.

—Yo… yo le di esa botellita a Baby…

—Ya. ¿Por qué?

—Lin… Ella estaba muy mal… ¡Está muy mal! De ninguna manera me pareció que pudiese convertirse en un arma…

—Te pareció que no podía convertirse en ningún arma… Pero dime, Ting: ¿no ordené yo que esta mujer debía estar en todo momento sin nada a su alrededor? ¿No ordené yo que ella no debía tener absolutamente «nada» al alcance de sus manos? ¿No te dije que si era Baby había que vigilarla más que a una víbora furiosa? ¿No ordené yo que donde ella estuviese fueran retirados muebles, cortinas, jarrones, bastones, paraguas, ceniceros pesados…? ¿No ordené yo que ella no tuviese en ningún momento nada, nada, nada?

—Si… Sí, Lin… Pero esto… era sólo una… una botella tan pequeña y frágil que…

—¡Pues mira lo qué ella ha hecho con tu botella pequeña y frágil! —estalló de pronto Lin Chu, como una terrible tormenta—. ¡Mira mi cuello, y mi brazo! ¡Mira mi sangre, y piensa cómo estaría yo ahora si no hubiese podido apartar la cabeza! ¿Eres capaz de pensar eso, Ting? ¡Dime!, ¿eres capaz de pensarlo?

Ting Pao tragó saliva de nuevo.

—Lo… lo siento, Lin.

Lin Chu se calmó de pronto, sus ojos dejaron de lanzar dardos de furia terrible hacia su ayudante.

—Lo sientes… Está bien. Pero te diré una cosa, Ting: si las órdenes no fuesen que llegases conmigo a Pekín, ahora mismo te clavaría esta… inofensiva botellita en la garganta, para que comprendieses perfectamente lo que he sentido yo… Ahora, toma esto, y tíralo donde ella no pueda volver a tocarlo.

—Sí… Lo haré así, Lin.

—Ve a hacerlo ahora. Y tráeme las tenazas, un cuchillo bien afilado, y algunas cañas de bambú. Y fuego.

—¿Para… para qué quieres… todo eso?

—Cuando un hombre hace preguntas tan tontas como tú, sólo puede ser por dos motivos. Uno de ellos, que ese hombre es tonto,

sencillamente. El otro motivo, es que realmente no está pensando en lo que le dicen, sino en otras cosas. Y como tú no eres tonto, cosa que me consta, dime: ¿en qué estás, pensando? ¿En ella? ¿Sientes compasión, quizá?

—No… No, no, no…

—Ah. Te recordaré una vez más que el servicio secreto chino, o sea, nosotros, no hemos tenido jamás una enemiga de la importancia en todos los órdenes que tiene esta mujer. Te recordaré también que en Macao, o quizá en Cantón, hay un hombre, un importante agente de la CIA, al que podemos capturar por medio de ella… ¿Lo entiendes, Ting?

—Sí… Desde luego.

—Me alegro. Ahora, ve a buscar lo que te he pedido, para… convencer a Baby de que ya que no conoce a ese hombre debe llamarlo por radio, y citarlo en algún sitio para que nosotros lo atrapemos, o, si él no acude, intentar encontrarlo por medio de la localización de su emisor-receptor. ¿Sí, Ting?

—Creo… creo que no deberías… torturarla, Lin.

—¿No? ¿Por qué?

—En Pekín la esperan viva…, y en buenas condiciones, para que pueda responder a preguntas que, seguramente, serán más importantes que las tuyas. Eso es lo que pienso, Lin.

—Eso piensas…

—Sí. Ese… ese agente de la CIA no puede tener nunca tanta importancia como la propia Baby, y lo que ella pueda decir en Pekín. Es sólo un hombre. Deja que en Pekín lo hagan todo. Si la torturas, y ella llega a morir, o se vuelve loca, temo… que no será entonces felicitaciones lo que recibamos a nuestra llegada.

—¿Después de lo que hemos hecho?

—No basta hacer una cosa bien, tú lo sabes: hay que hacerlo bien todo. Y en Pekín esperan a Baby sana y salva.

Lin Chu estuvo unos segundos mirando a Ting Pao. Luego a Baby. De nuevo a Ting Pao, otra vez a Baby… Se acercó a la ventana, y estuvo allá casi un minuto, pensativo, contemplando las flores, el cielo azul de su Celeste Imperio…

Capítulo IX

A media tarde, Ting Pao se presentó en el cuarto donde la espía prisionera yacía lánguidamente sobre la esterilla, dormitando. Ella oyó el ruido de la puerta, pero no se interesó por nada… Ni siquiera abrió los ojos, hasta que oyó la tensa voz del chino:

—¿Cómo se encuentra?

Ting Pao no tuvo respuesta.

—Quisiera ayudarla a escapar —susurró—, pero no es posible. Se darían cuenta de que usted había contado con ayuda, y sospecharían de mí. Lin Chu me mataría. Si hubiese algún medio, le juro qué lo haría…

Baby se volvió entonces, y lo miró despiadadamente.

—Hay un medio —musitó con voz ronca—. Aunque me pregunto por qué ha de ayudarme usted, Ting. ¿Por qué? ¿Espera algo de mí? ¿O me están tendiendo una trampa? ¿Es eso?

—No… No, no.

—¿No? Yo pienso que sí. Quizá al fin se decida a «ayudarme» a escapar, y así, yo correría a Macao para pedir ayuda, y me reuniría con el hombre que ustedes buscan, de modo que volverían a atraparme, nos tendrían entonces a los dos… ¿No es eso, Ting?

—No, no… Lo pensamos, pero sabemos que usted es demasiado lista, no caería en la trampa. No le estoy mintiendo, pero no veo el modo de ayudarla…

—Ya le he dicho que hay un medio.

—¿Cuál?

—Deme una pistola y despreocúpese de todo lo demás.

—Pero sabrían que yo le habría dado la pistola… ¡Me matarían a mí!

—No hay otro medio.

—¡Usted me está pidiendo que entregue mi vida por usted…! Es demasiado… ¿Por qué habría de hacerlo? Mi simpatía personal

tiene un límite... No puede pedirme eso.

—Desde luego que no. Y como, evidentemente, usted no está dispuesto a entregar su vida a cambio de la mía, creo que no hay nada más que hablar, ¿verdad?

Dio de nuevo la vuelta, y se quedó mirando hacia el lado del cuarto. Ting Pao la tocó suavemente en un hombro.

—Tiene que venir conmigo —musitó—. Ha de bañarse y vestirse de otra manera. Le tenemos preparado el baño y hemos comprado ropas para usted en Macao.

Baby se volvió de nuevo.

—¿Por qué tantas atenciones?

—Ya sabe que al anochecer vendrá el helicóptero para llevarnos a Cantón.

—Oh, sí: el bonito pájaro de acero que descenderá en el jardín...

—No. Lin Chu ha cambiado este detalle; no quiere que nadie vea un helicóptero descendiendo en su jardín, así que nos recogerán cerca de aquí, en lugar más discreto. Pero sí... Vendrán a buscarnos, después del anochecer. Y Lin Chu quiere... que usted llegue muy presentable a Pekín.

—Es un detalle muy fino por su parte... Espero que hayan tenido buen gusto en la elección de mi... equipo de viaje. En cuanto al baño, si es con agua caliente, me parece maravilloso... Espero que no sea un... barreño con agua sucia.

Comenzó a ponerse en pie, y Ting Pao quiso ayudarla, pero ella lo rechazó bruscamente. Cuando estuvo erguida, efectuó una inspiración profunda, casi un suspiro de definitivo desaliento. Miró hacia la ventana.

—Supongo que ahí fuera sigue habiendo dos hombres armados vigilando —musitó.

—Sí. De nada le serviría a usted matarme y saltar por la ventana.

—¿Matarlo? ¿Cómo podía hacerlo, sin armas?

—Además de los profundos conocimientos de judo que usted ya demostró frente a Lin Chu, no tengo la menor duda de que sabe karate —sonrió Ting Pao—. El suficiente, al menos, para poder aplicar unos cuantos golpes mortales.

—¿Y aun así, usted se atreve a entrar aquí solo?

Ting Pao volvió a sonreír.

—Yo no soy tan brutal como Lin Chu —aseguró—, pero creo estar preparado también para hacer frente a cualquier ataque. De todos modos, usted no es persona que arriesgue su vida estúpidamente. Para iniciar esa clase de ataque, tiene que ver muchas más garantías de fuga de las que tiene ahora.

—Es usted muy listo.

Ting Pao encogió los hombros, fue hacia la puerta, y la abrió. Afuera, en el pasillo, naturalmente había dos hombres armados. Baby salió, y se colocó junto a Ting Pao, que señaló la dirección a seguir. Detrás de ellos, los dos chinos. Y en el otro extremo del pasillo aparecieron dos más. Presencia que hizo abandonar a la espía su idea de revolverse contra los que iban atrás para intentar apoderarse de una pistola.

No había nada que hacer. Lin Chu era de los que no mencionaban al enemigo, y sus órdenes debían ser severísimas. Sobre todo, después de haber estado a punto de morir degollado con un trozo de botella.

Y mientras tanto…, ¿dónde estaba el hombre de los almendros? ¿Qué estaba esperando? Dada la importancia de Lin Chu como residente jefe del espionaje chino en Macao, era poco probable que un colaborador de la CIA de la importancia del hombre de los almendros no lo tuviese identificado. Entonces, ¿qué esperaba? ¿Por qué no había reunido ya a varios hombres para asaltar aquella casa? ¿Acaso esperaba a que se la llevasen en el helicóptero?

La idea la sorprendió a ella misma. ¿Por qué no? Si el hombre de los almendros había comprendido que la trasladarían tarde o temprano, parecía verdaderamente más razonable esperar ése momento que atacar estando ella dentro de la casa, y, por tanto, metida en la trampa; un ataque a la casa podría dar lugar a que Lin Chu decidiese matarla antes que correr el menor riesgo de que, una vez, más, la agente Baby escapase de manos del espionaje chino.

—Sí.

Eso debía ser… En cambio, una vez fuera de la casa, los hombres que la llevasen hacia el helicóptero, serían vulnerables a una emboscada… Sí, perfecto. Sólo había una duda: ¿sabía el hombre de los almendros que ella la iban a sacar de allí, que eso sucedería dentro de pocas horas, que se iba a utilizar un helicóptero? Míster Cavanagh le había dicho que, debía confiar

ciegamente en el hombre que le dijese que «los almendros florecerán en China»… Pero, ¿dónde estaba ese hombre, que… esperaba?

Ting Pao abrió una puerta y se apartó.

—Todo está preparado —dijo—. Pero si la temperatura del agua no es de su agrado, atempérela usted misma. No le compré perfumes, ni nada parecido, pero sí un jabón que espero sea de su agrado.

Baby entró en el cuarto de baño, sin exteriorizar sorpresa alguna al hallarlo limpio y adecuado. Detrás de ella, entraron dos de los chinos armados, y se sentaron en sendos taburetes, que, obviamente, formaban parte de la «preparación» del baño. Afuera quedaron los otros dos.

La espía miró a Ting Pao con el ceño fruncido.

—¿No van a dejarme sola mientras me baño?

—No.

—Ustedes… ustedes son unos… indecentes.

—Lo siento. Son órdenes de Lin Chu.

—¿Qué le pasa a ese cerdo? —Se estremeció Baby—. ¿Teme que me escape por el desagüe de la bañera? ¿O que derrote a cuatro hombres armados con una pastilla de jabón, o una toalla, o un simple taburete?

—No. Pero usted podría encontrar el medio de suicidarse aquí dentro, en el cuarto. Cada medio minuto, uno de nuestros hombres mira por la ventana, y se asegura de que todo está bien. Pero si usted cerrase esta puerta, durante veinte minutos o media hora, las cosas serían diferentes.

—Ustedes están locos si piensan eso de mí. Está bien, hagan lo que quieran.

Probó el agua y se sumergió en ella.

Ting Pao dio media vuelta, y salió del cuarto de baño, dejando la puerta abierta. La espía oyó claramente sus pasos, alejándose: Casi en seguida, los dos chinos de afuera se asomaron, uno de ellos, dijo algo, los cuatro sonrieron… Lo único que entendió Baby fue el nombre de Lin Chu.

Tomó el jabón, ya sumergida en agua caliente, y cerró los ojos. Verdaderamente, si algo había estado necesitando, era aquel baño.

Desde luego, los chinos eran muy escrupulosos: querían que

llegase muy limpita a Pekín.

Capítulo X

Lin Chu alzó la vista al oírla llegar, siempre acompañada por los cuatro chinos armados. Ting Pao estaba junto a él, de pie ante la mesa del despacho, sobrio, sencillo. Lin Chu estaba metiendo papeles en un portafolios, y no la volvió a mirar hasta que hubo terminado. Lo cerró, y sus ojos se clavaron de nuevo, con malicioso chispeo, en la espía americana.

—Está usted muy presentable —dijo.

—Usted, no.

—Lo sé —sonrió el horrendo chino, de modo que las cicatrices de su cara se estiraron—. Pero eso no me ha preocupado nunca. ¿Cómo ha ido el baño? Oh… Está mirando mi portafolios, ¿verdad? Supongo que daría cualquier cosa por echar un vistazo a su contenido.

—No hay ya nada que me interese de usted, Lin Chu.

—Eso es una equivocación —Lin Chu miró su reloj, y luego a Ting Pao—. Ve a ver si Tsui está atendiendo la radio. Ya deberían haber avisado su llegada los del helicóptero. Hace más de un cuarto de hora que anocheció.

—Si Tsui no ha venido a avisarnos, es que no han llamado.

Lin. Chu frunció el ceño, miró su reloj, y asintió con su enorme cabezota rapada.

—Sí, tienes razón… Bien, esperaremos. ¿No quiere sentarse, Baby? Dale un cigarrillo, Ting. Y otro a mí.

La espía aceptó el cigarrillo, y se sentó en un sillón de juncos. Los seis chinos la miraban a ella, fijamente. Ting Pao había demostrado un muy aceptable gusto en materia de elegir vestidos femeninos. Aunque, ciertamente, había jugado con una grandiosa ventaja: a la espía internacional, cualquier cosa le sentaba bien. Sobre todo si el vestido era escotado y corto.

El silencio era total. Y a medida que pasaban los minutos, Lin Chu iba dirigiendo cada vez más frecuentes miradas a su reloj. Al parecer, el helicóptero se estaba retrasando… Afuera, se veía la noche salpicada de estrellas.

Y una nueva esperanza comenzó a formarse en el ánimo de la divina espía. Si los chinos habían captado mensajes de la CIA…, ¿no era posible que la CIA hubiese captado mensajes de los chinos? En ese caso, quizá el hombre de los almendros se hubiese enterado de que iba a llegar un helicóptero… Podía haberlo interceptado, derribado… Y quizá en aquellos momentos, ya de noche, estaba preparando su plan de acción para entrar en la casa tan rápidamente que nadie tuviese tiempo de nada…

Tsui apareció en la puerta del despacho, de pronto.

—Lin Chu, acaban de llamar: llegarán al punto convenido dentro de cinco minutos.

Baby no entendió esto, pero sí intuyó lo que era, y de nuevo su ánimo se abatió. Lin Chu se puso en pie, y dio una orden a uno de los chinos, que salió del despacho inmediatamente. Luego, Lin Chu abrió un cajón de su mesa, y sacó una funda auxiliar con la pistola ya dentro. Se la puso, se puso la chaqueta blanca, y su mano derecha palmeó su axila izquierda, revelando el bulto de su pistola. Lin Chu miró entonces a Baby, y señaló la puerta.

—Nos vamos a Pekín —dijo.

La espía se puso en pie, y fue la primera en salir del despacho, pero con los tres chinos tan cerca que era una locura, intentar nada, a menos que prefiriese morir antes de ser llevada a Pekín. Muerte que, por otro lado, no conseguiría tan fácilmente, pues las órdenes eran llevarla viva, y había en la casa suficientes chinos para reducirla a la impotencia sin necesidad de matarla…

Delante de la casa estaba esperando un coche negro, con el chino que había abandonado antes el despacho al volante, y dos más en el asiento de atrás. Lin Chu indicó que se sentase atrás, entre los dos chinos, y él y Ting Pao se sentaron, algo apretados junto al conductor. Lin Chu sacó la cabeza por la ventanilla, y dio unas últimas instrucciones a Tsui, que asentía continuamente con la cabeza.

Luego dio una orden al chino del volante, y el coche partió.

Unas finas gotas de sudor aparecieron en la frente de la espía

internacional. Ya no había remedio, todo estaba perdido. De allí, al helicóptero, a Cantón; y de Cantón, con un avión especial, a Pekín. Todo estaba perdido.

La distancia recorrida por el coche no llegó a un kilómetro. Se detuvo en un camino, junto a un grupo de árboles. A nivel más bajo que el camino, a la derecha, había una pequeña explanada, a la que se podía llegar por un sendero claramente visible a la luz de las estrellas y de la recién aparecida luna, en cuarto creciente.

Lin Chu sacó una linterna de la guantera, y la tendió a Ting Pao.

—Hazle señales al piloto para que venga, Ting.

—Somos nosotros los que hemos de ir a…

—Iremos a ese helicóptero cuando yo esté seguro de que en él está el hombre que esperamos.

—Sí… Sí, entiendo, Lin. Claro.

Ting Pao salió del coche, e hizo señales con la linterna. Abajo, en la pequeña explanada, entre un grupo de árboles, brotó también una luz, a los pocos segundos. Ting Pao se volvió.

—Ya viene.

—Escóndete detrás del coche, y ten lista la pistola.

—Sí.

Lin Chu se volvió en el asiento, y dio instrucciones a los dos chinos que custodiaban a Baby, los cuales asintieron. Lin Chu era muy cauteloso, y, en definitiva, eso les complacía, pues significaba seguridad para todos…

Pero no había motivos para preocuparse. El piloto del helicóptero llegó, se presentó a Lin Chu, y éste se tranquilizó y tranquilizó a sus hombres. Salió del coche. Uno de los chinos de atrás también salió. Luego, Baby. Después el otro chino: Ting Pao había abandonado su posición tras el coche, y estaba guardando su pistola.

A una orden de Lin Chu, los dos chinos volvieron al coche, y el del volante comenzó a maniobrar para dar la vuelta. El piloto del helicóptero inició el descenso hacia la explanada. Lin Chu apuntó a Baby con su pistola, señalando la senda descendente… El coche tenía dificultades para dar la vuelta en el estrecho camino, pero eso ya no era cuenta de Lin Chu, que emprendió también el descenso, detrás de Baby. Ting Pao iba en último lugar, también pistola en mano de nuevo.

El trozo de sendero inclinado terminó, la pequeña explanada quedó ante ellos. Por delante, algo a la izquierda, en una sombra, Baby distinguió el helicóptero, y su caminar se hizo algo más lento… Volvió la cabeza y vio arriba el coche, todavía maniobrando, pero ya casi enfilando el camino de vuelta.

—No se detenga —la empujó Lin Chu con la pistola en un costado—. Camine más apri…

La reacción de la espía internacional fue fulgurante: se volvió, desplazando la pistola con el codo, de modo que su mano derecha la tuvo fácilmente a su alcance. Y su mano derecha no fue menos rápida que toda su reacción: asió la pistola, y de un tirón, la quitó de la mano de Lin Chu, la volteó velozmente, la empuñó, y apretó el gatillo…

Plop.

Lin Chu lanzó un gemido al recibir la bala en el centro del pecho, y cayó hacia atrás, braceando tan fuertemente que casi derribó a Ting Pao de un manotazo, justo en el momento en que éste, sobresaltado, se disponía a disparar. Pero el formidable golpe se lo impidió, y Baby, en cambio, no tenía impedimento alguno.

Plop.

Ting Pao recibió el balazo en pleno corazón, y saltó también hacia atrás, mientras Lin Chu, arrodillado, miraba a Baby, que se había vuelto hacia el piloto del helicóptero, quien estaba metiendo su mano derecha en un bolsillo del blanco mono de vuelo.

Plop.

El piloto lanzó, un alarido, abrió los brazos, y se desplomó, con una bala en la cabeza. Baby empezó a correr hacia el helicóptero, pero se volvió de pronto, y regresó velozmente junto a Lin Chu, que seguía de rodillas, con ambas manos en el pecho, y la miraba, fijamente, brillantes sus pequeños ojos crueles, terribles, fríos como hielo negro…

—¡Te lo dije! —chilló Brigitte Montfort—. ¡Te lo dije, chino del demonio! ¡Te dije que te mataría! ¡Te lo advertí…!

Plop… Plop… Plop…

Tres balazos más derribaron a Lin Chu, mientras arriba, en el coche, comenzaban a oírse voces excitadas en chino. Seguro que habían visto los fogonazos…

—¡Corra! —Oyó la ronca voz de Lin Chu—. ¡Corra, Baby! ¡Usted

debe volver!

Sin saber lo que hacía, Baby cayó de rodillas junto al agonizante gigante chino.

—¿Qué… qué dice…?

En una millonésima de segundo, lo ocurrido hacía escasos segundos pareció proyectarse en la mente de la espía: el empujón de Lin Chu con la pistola, la facilidad con que ella había podido quitársela, el golpe que Lin Chu había dado a Ting Pao impidiéndole disparar contra ella… Y el más gélido estremecimiento que había sentido jamás recorrió el cuerpo de Baby Montfort.

—Lin Chu —jadeó—. Lin Chu, ¿qué dice… qué… qué está diciendo usted…?

—Los… los almendros… florecerán en… China… Corra… Usted debe… volver por encima… de todo… Los almendros florecerán… en… en China, y… y…

La cabeza de Lin Chu colgó brusca, flojamente, hacia el lado de sus cicatrices, de modo que éstas dejaron de verse. Por un instante que pareció una eternidad, la espía internacional permaneció arrodillada junto al chino, atónita y aterrada, contemplando aquella enorme cabeza rapada, los ojos abiertos, fijos en la Muerte.

—Pe… pero… Dios mío, ¿qué… qué es esto, qué… qué he hecho, qué…?

Algo se clavó en el suelo, bastante por delante de ella, y Baby alzó la cabeza, sobresaltada. Vio a los chinos bajando corriendo por el sendero, y lanzó una exclamación. Alzó la pistola, y disparó hacia ellos, sin preocuparse lo más mínimo por acertarles. Pero sus disparos dieron fruto: los chinos se zambulleron entre unos arbustos…, mientras ella echaba a correr hacia el helicóptero. Se metió dentro de un salto, y sus ojos, desorbitados, buscaron el contacto. Casi gritó al ver las llaves allí… Las aspas comenzaron a girar, adquirieron su máxima velocidad, el aparato, comenzó a elevarse, segando ramas y hojas, zarandeándose al encontrar alguna rama algo más gruesa que las otras. Pero apareció suspendido en el cielo ante los ojos de los chinos, que ya corrían hacia allí de nuevo, disparando sus pistolas. Como sumergida en una pesadilla, Baby veía los fogonazos, mientras el helicóptero se iba elevando, elevando, elevando…

Una vez más, la espía volvería.

Este es el final

Míster Cavanagh detuvo el pequeño magnetófono con la grabación que la agente Baby había hecho sobre todo lo ocurrido. El silencio fue entonces impresionante, hasta que ella musitó:

—¿Y bien?

—Contra lo que usted dice en la última parte de su informe, la operación no ha sido un fracaso, sino un éxito completo.

—¿Éxito? Los chinos me quitaron el microfilme, y fueron ellos los que impidieron a los cincuenta colaboradores de los rusos que llevasen a cabo el sabotaje en las instalaciones atómicas de Lop Nor. Si usted llama éxito a esto…

—Estaba previsto así.

—¿Previsto así? —susurró Brigitte Montfort.

—Sí. Mire, si nosotros hubiésemos entregado simplemente el microfilme a los chinos, ellos no habrían creído lo de ese sabotaje…

—¿Cómo no habrían de creerlo, si ellos mismos lo desbarataron antes de que se llevase a cabo? El sabotaje estaba tan claro que…

—El sabotaje era falso, Brigitte.

—¿Cómo dice?

—¿Recuerda cuando usted estuvo en Pekín? Los rusos se las arreglaron para complicar las cosas, y, si usted no hubiera estado allí, lo habrían conseguido realmente. Habrían enemistado considerablemente a China y Estados Unidos. ¿No?

—Sí. Pero…

—Pues les hemos devuelto la pelota. Todo estaba planeado. Usted debía llegar a Macao con ese microfilme, que, desde el primer momento, fue arreglado para que cayese en manos de los chinos. Desde Hong Kong, uno de nuestros hombres se las arregló para transmitir la llegada de usted a Macao en la onda que conocíamos de los chinos. Ya se habían transmitido antes otros mensajes, para darle verosimilitud a todo… Los chinos tenían que capturarla a

usted, quitarle el microfilme, y enviarlo a Pekín. Mientras tanto, nuestro hombre asiático ya lo había arreglado todo: el escenario estaba listo para ser visitado. Armas rusas, material ruso, detalles del plan para volar las instalaciones atómicas de Lop Nor… Todo esto lo había montado ya en Doral, de modo que cuando esos quinientos hombres que usted menciona, llegaron allá, se encontraron con la comedia lista. Ahora, sabemos con toda seguridad que China no aceptará fácilmente conversaciones… amistosas con Rusia.

—Pe-pero…, ¿para qué hemos preparado todo esto?

—Algo no anda bien en China. Mao Tse-tung está enfermo, hay disensiones interiores en Pekín… No sabemos qué puede ocurrir si Mao muere, China podría volver a inclinarse hacia Rusia, y eso era lo que había que evitar: ocurra lo que ocurra cuando muera Mao, Estados Unidos ha querido asegurarse cierta simpatía por parte de China, y, al mismo tiempo, dificultar las buenas relaciones de China con Rusia. Yo creo que lo hemos logrado.

Baby miraba a su jefe con expresión desorbitada.

—¿Todo estaba preparado para que el microfilme fuese a parar a Pekín?

—Sí.

—¿Incluso contando con la circunstancia de mi captura por parte de los chinos?

—Había que darle verosimilitud al asunto, ya se lo he dicho, Pekín no desconfiaría de un microfilme por el cual la CIA había arriesgado a Baby. Estaba prevista su captura. Lin Chu se hallaba al corriente de todo, naturalmente, pues era el personaje principal. Fue él mismo quien le dejó la lancha, pero preparada de tal modo que en determinado momento se estropease, a fin de poder capturarla. Y, por supuesto, fue él quien la llamó al hotel advirtiéndole lo de los rusos, pues con esto no habíamos contado. Si las cosas le hubieran ido difíciles a usted con los rusos, Lin Chu la habría ayudado directamente. En realidad, en todo momento la estuvo ayudando, ordenando una vigilancia tan severa con usted para que no intentase nada que hubiera obligado a uno de sus hombres a disparar contra usted. Había que convencer a Pekín de que el microfilme, es decir, los planes rusos que se detallaban en el microfilme, eran auténticos. Y al mismo tiempo, Lin Chu sabía que,

por encima de todo, usted tenía que volver. Y dio su vida por ello.

—Pero él… él me maltrató, me golpeó, me…

—Ya le digo que había que convencer a Pekín. Convencer a los chinos hasta las últimas consecuencias. Lin Chu tenía que ser convincente, duro con usted… Lo hizo. Y por si fuera poco, su muerte acabará de convencer a Pekín de que todo es auténtico. En cambio, si usted no lo hubiese matado, desconfiarían. ¿Fracaso? No. ¡Ha sido todo un éxito!

—Pero…, ¿estamos locos, señor? —jadeó Brigitte—. ¿Debo entender que Lin Chu sabía… que yo lo mataría…?

—Evidentemente, él habría preferido escapar con vida del asunto, y seguir en el espionaje chino, sirviendo a la CIA tan magníficamente como hasta entonces. Pero, tal como fueron las cosas, no podía conseguir esto sin que Pekín dudasen de todo el contenido del microfilme a pesar de las armas y material ruso encontrado en Doral. Si él hubiese escapado con vida, nada habría servido de nada. Y mucho menos, si la hubiese dejado escapar a usted quedando él con vida. Tenía que ser convincente hasta el final. Él quería que China tuviese su futuro junto a Estados Unidos, no junto a Rusia. Su amor a China era tan grande que no vaciló en entregar su vida con tal de depararle un futuro sonriente. Nosotros proporcionaremos a China ese futuro sonriente…, y tendremos el más poderoso aliado asiático.

—Ya he comprendido toda esa sucia jugada —casi gritó Brigitte—. ¡No somos, ni mucho menos, mejores que los rusos!, ¿no está de acuerdo, señor?

—Cálmese, por favor.

—¿Que me calme? Oh, sí, está bien… Tengamos calma. Pero veamos si me equivoco: los chinos me capturaron porque usted lo preparó así con Lin Chu, ¿no es cierto?

—Sí, desde luego.

—¿Y no se le ha ocurrido a usted que Lin Chu pudo preferir matarme a mí en lugar de… de dejarse asesinar por mí? Para los resultados del plan, nada habría cambiado, y él seguiría vivo y yo estaría muerta. ¿O no?

—Se le dijo a Lin Chu que, por encima de todo, usted debía volver. A costa de lo que fuese. Y lo cumplió.

—Y yo lo maté… Yo maté al hombre que se disponía a dar su

vida por mí… Él lo quiso, y yo lo maté… Por el amor de Dios: ¿no se da usted cuenta de lo horrible que es esto? Me siento… me siento como un monstruo…

—Él dio su vida por usted y por China. Pero no se engañe, Brigitte: especialmente, por China. La frase de los almendros, la impuso él. Para él, tenía un significado muy importante: quería dar a entender que cuando China acepte definitivamente la amistad con Estados Unidos, todo le irá bien a los chinos… Él resumió todo ese hermoso futuro que ansiaba y que ojalá se logre, con su frase clave: «Los almendros florecerán en China». Y florecerán, Brigitte. La muerte de ese admirable chino tiene que obtener recompensa… Sí… Los almendros florecerán en China…

—Pero Lin Chu no los verá florecer —tembló la voz de Baby.

Y, de pronto, rompió a llorar.

FIN